

Ricardo Vicente López

Pienso, luego...

crítico

Reflexiones sobre las formas de conocimiento
como *verdades dogmáticas*, y de la
necesidad de un *pensamiento crítico*

Cuadernos de reflexión:

El despertar de la conciencia ingenua

Primeras consideraciones

Comienzo por una breve referencia al título, que, como no escapará a muchos, consiste en una paráfrasis de la famosa sentencia cartesiana «Pienso; luego, existo» («Cogito, ergo sum», en latín). La traducción divulgada supone erróneamente, que la relación entre el los verbos “pienso” y existo” es de carácter temporal, que una sucesión en el tiempo da a entender que el pensamiento es previo a la existencia. Esto supondría que existen *pensamientos* sin que existan *personas que los piensan*; más aun: que la existencia se desprende de la posibilidad de pensar. Esta interpretación le hace bastante poco favor a René Descartes¹ (1596-1650).

Si bien no voy a adentrarme en una descripción del método del filósofo francés que lo llevó a esa conclusión, digo, simple y brevemente: el razonamiento desarrollado va retrogradando desde la realidad exterior hasta encontrarse con la última certeza a la que se aferra y de la que no le queda duda alguna: la evidencia de que él está pensando (“cogito”) y de que, si está pensando, se le presenta con toda certeza que es necesario que exista para poder pensar. No se plantea, entonces, una relación temporal, sino lógica. Ello se debe a que el vocablo “ergo”, en latín, se puede traducir por “por lo tanto, a consecuencia de esto”; de allí, que una traducción preferible sería: «Pienso; por lo tanto, existo».

Para el caso del título de este trabajo, siguiendo el razonamiento propuesto, corresponderá entenderse como: «Pienso; por lo tanto, yo *debo ser una persona que ejerza la crítica*». Y ese es, precisamente, el objetivo más importante, para cuyo cumplimiento convoco a todos los lectores.

El presente trabajo puede conformar una trilogía con dos anteriores publicados en mi página². Esos dos llevan por título *Vox pópuli, ¿vox Dei?* (La voz del pueblo ¿es la voz de Dios?) y *Me enseñaron todo mal*. En los tres la problemática que abordo es básicamente la misma, pero acercándonos a ella desde diferentes ópticas, modos de pensar, intenciones y objetivos diversos. En el tema que se trata en estas páginas me voy a concentrar en una pregunta muy vieja que ha dado lugar a múltiples respuestas a través de los siglos. Desde los inicios de lo que se ha definido, para nuestra historia occidental, como los comienzos de la filosofía, en la Grecia de los siglos IV a. C. en adelante, la relación entre *la realidad*, la existencia concreta, de las *cosas que nos rodean*, el mundo físico, y *el conocimiento* acerca de cómo y qué es *la verdad*. Esta pregunta ha pasado por diferentes etapas que nos han ofrecido desde modos cómo se debe preguntar y respuestas obtenidas a partir de esas preguntas. Hoy, todavía, la pregunta sigue viva y las respuestas no han agotado todo lo que se desea saber.

Esta articulación entre las *cosas* y el registro que *nuestra mente, nuestra conciencia, nuestra inteligencia*, o cualquiera de las tantas denominaciones y de los otros tantos conceptos que se podrían utilizar para referirse a este mecanismo de aprendizaje, hace que ella siga siendo un problema fascinante, de matices variados y riqueza infinita, casi podría decir, si se me permite, un *misterio*. Esta última palabra puede resultar incómoda, inconveniente, molesta, pero creo que no debemos desecharla e incorporarla como parte del problema que me propongo exponer.

¹ Fue un filósofo, matemático y físico francés, considerado como el padre de la filosofía moderna, así como uno de los nombres más destacados de la revolución científica. Formuló el célebre “pienso, luego existo”, elemento esencial del racionalismo occidental.

² publicados en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2

Todo ello se ve agravado, enmarañado, complejizado, en este mundo de comienzo de siglo de, como afirma el título, *saturación informática*. Si varias décadas atrás la información era un bien escaso cuya consecución imponía arduos esfuerzos, hoy su abundancia casi obscena nos desborda, nos excede, nos sobrepasa hasta el hartazgo. El problema de hoy no es la escasez sino la sobreabundancia. Y es precisamente la existencia de esa sobreabundancia la que se utiliza para la *saturación*, como parte del *dispositivo* que el sistema global ha dispuesto para ejercer su dominio y control sobre todos nosotros. Puede sonar demasiado fuerte esta afirmación pero ruego que sea aceptada como anticipo de lo que vamos a estudiar en las páginas siguientes. Ese dispositivo intenta encubrir la realidad para ocultar el estado de un mundo profundamente injusto, el que se pretende sea aceptado callada y sumisamente.

Escribí en otro trabajo: «Es a partir de la realidad de ese estado social, de un mundo dual (incluidos y excluidos), de los extremos insoportables que muestra un proceso que ha comenzado, que se mantendrá por un tiempo y se profundizará, pero que no va a ser eterno, puesto que lleva en su seno las causas de su propia destrucción, que debemos pensar el problema (...) Porque no se puede cambiar cuando no se sabe *por qué* hay que cambiar, *para qué* hay que hacerlo, *qué y cómo* hay que cambiar y al *servicio de qué*, para luego proyectar el cambio»³. Dar las respuestas requeridas exige el desarrollo de un pensamiento crítico que debe comenzar por un diagnóstico ajustado a esa realidad.

Éste es precisamente el tema que voy a desarrollar. Lo presentaré en tres breves cuadernillos para una mejor comprensión del tema en el esfuerzo que impone una aproximación reflexiva.

Parte I

La necesidad de asombrarse

Curiosidad coqueteó con el apuesto y enigmático caballero don Asombro. Se habían conocido tiempo atrás, Cupido los flechó y se enamoraron perdidamente. No pudieron contener el pulso de sus instintos y al cabo de unos meses, nació una hermosa niña llamada Filosofía.

José Manuel Silvero

Docente e investigador de la Universidad Nacional de Asunción (Paraguay)

Dije antes que la filosofía había nacido en la Grecia Clásica y que sus primeros pensadores habían descubierto que el pensamiento se ejerce a partir de las preguntas bien formuladas, que ellas aparecen cuando el alma está en estado de asombro. Se podría afirmar, entonces, que el asombro es el resultado del descubrimiento de nuestra ignorancia. Precisamente fueron Platón y Aristóteles⁴ los que dijeron que «el origen de la filosofía es el asombro». Por ello debemos reparar en una actitud opuesta muy en boga hoy que se practica entre quienes encuentran todo "normal". Ellos nunca emprenderán el magnífico camino del saber, dicho de otro modo nunca serán filósofos. Afirmo esto que el lector desprevenido podría reprocharme diciendo: yo no pretendo ser filósofo. Le contesto que filósofos somos todos, aun sin saberlo, puesto que la mayor cantidad de problemas que nos presenta la vida son problemas filosóficos. Pero, siglos

³ *Metodología de los encuentros*, publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2

⁴ Platón (428– 347 a. C.) fue un filósofo griego, alumno de Sócrates (470-399) y maestro de Aristóteles (384-322)

de apoderamiento de ese modo de pensar por parte de algunos que se encerraron en sus cúpulas de cristal convencieron al resto que la filosofía era un tema difícil, para excluirlos de esa ocupación y atribuirse a sí mismos esa especialidad.

Sin embargo sabemos que Sócrates, aquel que nunca escribió nada pero le legó a los siglos posteriores un caudal inmenso de sabiduría, enseñaba a filosofar, es decir a pensar ordenada y sistemáticamente, buscando el fundamento de la palabra utilizada con precisión, para favorecer un discurrir de ideas sólidas. Y esta tarea la desarrollaba en las calles y en la plaza pública ante quien quisiera escucharlo. Es decir, la filosofía podía estar al alcance del más simple de los humanos si se disponía a aprender. Nuestro Discepolín, fiel discípulo del ateniense dice, con la irreverencia del sabio: «En tu mezcla milagrosa de sabiondos y suicidas yo aprendí filosofía, dados, timba y la poesía cruel, de no pensar mas en mí». La filosofía de la vida se puede aprender también en un café que es, nada menos, que el *Café de los Angelitos*, donde «como una escuela de todas las cosas, ya de muchacho me diste, entre asombros, el cigarrillo, la fe en mis sueños y una esperanza de amor». Si nos dejamos llevar por la metáfora advertimos que el café es el de los “angelitos”, seres celestiales que habitan un espacio que está *más allá* de la realidad terrena. Y aquí nos encontramos con la etimología de una palabra que acuñó Aristóteles: la *metafísica* (meta=más allá; physis=naturaleza, es decir lo que está más allá de la realidad natural).

Este espacio que está *más allá*, que nos remite a otro modo de pensar, que no parte de la realidad física (physis), que se eleva con una mirada más amplia y más profunda es el tema que trata Aristóteles en el libro de la *Metafísica*, palabra que se ha hecho universal. Es ese saber de un *más allá* el que debe llenarnos de asombro, y que nos ilumina este *más acá* con la reflexión que lo incorpora en la metafísica. Desde allá el más acá se torna más comprensible. Porque el *más allá*, la metafísica, nos abre un abanico de preguntas desde las cuales comenzamos a elaborar respuestas de los fenómenos que tenemos delante. Estos fenómenos pueden tener una explicación posible y una respuesta a las innumerables preguntas que pueden circular por nuestra mente, cuando nos liberamos de los pre-juicios que nos impone un modo del saber chato e inmedatista, típico de nuestra cultura global. Entonces, es filósofo quien se lanza a la búsqueda de explicaciones más abarcadoras que ordenan y sistematizan una gama amplia de fenómenos que, desde una mirada ingenua que se detiene en las apariencias, no parecen estar relacionados entre sí. La reflexión más profunda encuentra y demuestra cómo funciona el entramado de relaciones que no son visibles desde la superficie.

Para lograr la elaboración de una teoría, cualquiera sea ella, debemos partir de los datos que extraemos de la realidad inmediata para transportarnos hacia una visión general del problema. Todo ello no debe ignorar que el camino puede ser largo y sinuoso. La perseverancia debe ser nuestra mejor compañera para no desfallecer en el intento. Su punto de partida es el asombro que nos despierta de nuestra ignorancia, nos empuja, nos marca, nos incita y decide emprender el camino. Sin asombro no se llegará a parte alguna. Sin él quedaremos a expensas de lo que nos cuenten, tal vez desde los asombros de otros pero sin construir por nosotros mismos el camino del saber, lo cual nos convierte en pequeños filósofos de la vida. Así, somos parte integrante del asombro, que no debemos eludir, si es que pretendemos ser protagonistas de nuestro mundo.

Entonces el primer paso es el descubrimiento y la aceptación humilde de nuestra ignorancia, asombrándonos de ser ignorantes, puesto que si supiéramos qué es lo que nos asombra, no nos asombraría. Éste no es una paso fácil, mucho menos ahora en que impera el *ya lo sé*. La conciencia de nuestra ignorancia es el comienzo del camino de la sabiduría, nos dice Platón en la *Apología*, pero ello no es una tarea fácil, es dura. Y en ella un enemigo difícil de vencer es nuestro *ego*. Debemos concluir que *asombro* e *ignorancia* son dos caras de la misma moneda. El asombro nos coloca en el umbral del conocimiento. Él

nos irá guiando desde el inicio hasta el final, desde la rutina de lo establecido, de la certeza que paraliza y entumece el pensamiento apartándonos de la ardua tarea de la búsqueda de la verdad, al concedernos pequeños y fáciles triunfos. No podemos abdicar de nuestra condición de pensantes, condición básica de nuestra cualidad humana. Sin asombro no puede haber saber serio y fundamentado, no se llegará a la parte más alta del camino, no nos elevaremos sobre la mirada corta y chata de la inmediatez, quedando presa del sentido común⁵, aceptando como realidad *lo que se dice*, lo que nos transmiten unos y otros en un saber de lo que siempre se ha sabido, sin poder *superar críticamente lo establecido como verdad*.

Asombro e ignorancia, debidamente planteados, reflexionados y articulados nos abren la conciencia hacia el saber, camino infinito que se puede y debe recorrer cuando se aprende el *sabor* que ofrece el *saber* (sabor y saber tienen el mismo origen etimológico, de allí que se pueda decir en España que la comida sabe a...). Por lo tanto, se nos presenta una primera necesidad: para aprender hay que disponer de la *actitud* que nos inclina a la búsqueda. Búsqueda que es el resultado de la comprobación del vacío del alma que implica la ignorancia. Por ello se puede afirmar que el asumir una *actitud* permanente de aprendizaje es lo que nos convierte en filósofos de la vida.

Es, entonces, Sócrates un buen modelo de vida para todos nosotros, para la recuperación de sus enseñanzas lo que llamó la atención de los hombres de su época: la agudeza de sus razonamientos y su facilidad de palabra, con la que se dirigía a los jóvenes de Atenas. A ellos les preguntaba sobre su confianza en las opiniones populares, el saber común de la gente, y aunque muy a menudo él no les ofrecía ninguna enseñanza, lo que les transmitía no consistía en la simple acumulación de conocimientos, sino la disposición para revisarlos que se tenía, y a partir de ahí construir otros más sólidos. Sus discípulos le atribuyen haber dicho: «Yo soy más sabio que este hombre; es posible que ninguno de los dos sepamos cosa alguna que valga la pena, pero él cree que sabe algo, pese a no saberlo, mientras que yo, sé que no sé nada».

La importancia de la pregunta

¿Cuál fue tu mejor pregunta hoy? Con este saludo recibía Jennie Teig Rabi a su hijo Isaac, cuando este regresaba de la escuela. El pequeño Isaac Isador Rabi creció y llegó a ser uno de los más distinguidos físicos del siglo veinte. Por ello recibió el Premio Nobel en física (1944)

Arno Penzias – Premio Nobel de Física - 1978

Una experiencia muy interesante es la que elaboró y convirtió en propuesta educativa el profesor estadounidense Dr. Matthew Lipman, *Filosofía para niños*, que a partir de 1969 se fue desarrollando con mucho éxito en gran parte del mundo. No se propone convertir a los niños en filósofos profesionales, sino desarrollar y mantener viva en ellos una actitud crítica, creativa y cuidadosa del diálogo con el otro. Podemos ver acá la incidencia del método socrático. A partir de temas tradicionales de la historia de la Filosofía y, mediante un conjunto de pautas metodológicas, cuidadosamente planificadas y experimentadas, que *rescatan la curiosidad y el asombro de los niños*, propone estimular y desarrollar el pensamiento complejo en relación dialogal con el otro en el seno de *una comunidad de indagación*. En esta comunidad, cuyos miembros trabajan para ser capaces de entender el punto de vista de los demás y se esfuerzan

⁵ Remito para este tema a mi trabajo *Vox pópuli, ¿vox Dei?* publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2

solidariamente por descubrir el sentido del mundo y de la sociedad en la que viven, se lleva a cabo el programa.

La doctora Stella Maris Accorinti, Vicepresidenta del *Centro de Investigaciones en Filosofía para Niños*, define a ésta como «una propuesta educativa que brinda a los niños instrumentos adecuados en el momento en que comienzan a interrogarse acerca del mundo y de su inserción en él». A partir de temas tradicionales de la historia de la Filosofía y, mediante un conjunto de pautas metodológicas, que rescatan la *curiosidad* y el *asombro* de los niños, se propone estimular y desarrollar el pensamiento complejo.

Las investigaciones del profesor Lipman lo llevaron a descubrir que el tipo de educación que se recibe en las escuelas sólo sirve para achatar la curiosidad del niño, confundiendo el asombro con la indiferencia, la falta de entendimiento, sometiéndolo a los chicos a la tortura de un saber *memorístico* y *repetitivo*. En ese modo de enseñar no tiene cabida la pregunta que se sale de lo programado por el docente, que abre un ámbito creativo descuidado y desvalorizado. Este aspecto no debe pasar inadvertido para nosotros puesto que somos el resultado de ese tipo de escuela. Afirma:

Aparentemente, la escuela no se plantea como problema, no tiene por qué presentar para los alumnos una materia de discusión ni un objeto de indagación. Sin embargo, en este momento, lo que los chicos necesitan es la oportunidad de hablar sobre la escuela en la escuela, y de discutir no acerca de cómo es, sino de cómo debería ser la educación. Este fenómeno es bastante frecuente: por lo general a los empleados no se les pregunta en su ámbito laboral cómo debería ser su trabajo, las personas directamente involucradas en un proceso nunca son interrogadas acerca de cómo debería ser su trabajo. Por eso suponemos que los chicos deben tomar a la escuela como algo dado, un lugar donde deben concurrir sin cuestionarlo, sin discutirlo (...) por ello comencé a ver que quizás el pensar debería ser uno de los objetivos primarios de la educación (...) Los chicos son algo más que meros receptáculos de información; tienen que procesar esa información, tienen que reflexionar sobre ella, y la escuela debe ser el lugar que provoque esa reflexión.

En el tema que nos viene ocupando: la educación y sus resultados en la necesidad de comenzar a cambiar las maneras de pensar que se instalan en la mente de cada alumno, el profesor Lipman advierte que el problema se centra en los educadores:

Lo que esperábamos era demostrarles a los docentes con quienes trabajábamos que, enseñándoles a razonar a los chicos de séptimo grado, ellos mejorarían su habilidad para leer. Es que cuando uno lee buscando significados tiene que razonar, tiene que hacer inferencias, tiene que determinar sobre qué tipos de supuestos opera el autor, de manera que la cantidad de significado que se obtiene a partir de la lectura depende, en gran medida, de las categorías lógicas que cada uno maneja.

No debe escapársenos que estamos leyendo una serie de apreciaciones críticas respecto del sistema educativo que, como señalé más arriba, se nos representa en la formación que hemos recibido. El memorismo y la repetición actuaron sobre cada uno de nosotros como un fuerte aparato represivo que cercenó nuestra curiosidad, nuestra creatividad, nuestra predisposición al asombro, reemplazándolas por los valores educativos, presentes en parte todavía, de la repetición memorística como modo de evaluar lo aprendido. Poco queda, entonces, para la consolidación de nuestra identidad personal, nuestra posibilidad de aportes temáticos desde la apertura que produce la pregunta imprevista.

¿Qué es la filosofía?

La filosofía es un conocimiento, un saber, de los tantos que posee el hombre, que resulta de una actividad que se llama filosofar. Hay algunos que sostienen que no se puede enseñar filosofía, pero sí a filosofar. Pero ¿qué es esto de filosofar, de dónde surge? El hombre comienza a filosofar cuando pierde todas las certezas que tenía, cuando todo a su alrededor se tambalea y no tiene de dónde agarrarse para no caer. Esto es así porque la filosofía pretende ser un saber sin supuestos; se atreve a preguntar por todo.

La Dra. Ann Margaret Sharp, coinvestigadora del Dr. Lipman, comenta los resultados de la aplicación del programa que estoy analizando, que define como una *Pedagogía para la comunidad de indagación*, en la cual se subrayan valores diferenciales respecto de la *pedagogía tradicional*, basada en la *capacitación individual*. Propone el diálogo abierto entre todos los participantes; se basa en la pregunta y en la re-pregunta, porque la primera abre temas, la respuesta sin el volver a preguntar los cierra; promueve el colocar en primer plano lo comunitario y en un segundo al individuo, sin por ello se desvalorice lo personal, por el contrario, lo potencia como integrante diferenciado del diálogo. Se promueve así la liberación de las mentes al no tener que someterse, sin previo análisis, a las *verdades establecidas*. Afirma:

Una pedagogía que él [Lipman] llamó «comunidad de indagación», que en algún sentido permitiría que los chicos usaran estas herramientas con un sentido de liberación, porque él estaba seguro de que si uno no dispone de esas herramientas cognitivas, que si uno no sabe cómo dialogar, cómo involucrarse en el diálogo, y que si uno no puede reconocer un concepto filosófico cuando se lo encuentra, hay un sentido en el cual uno es fácil presa de la propaganda de los medios en el sistema en el cual vive. (...) Y desde el mismo comienzo nosotros estamos comprometidos, estamos seguros de que el pensar tiene su lugar de residencia, su casa, en la filosofía. Vamos a hablar de la educación para un pensamiento de alto orden, que es una combinación de pensamiento crítico y pensamiento creativo o, para usar otras palabras, pensamiento analítico y pensamiento sintético. Este pensamiento es cultivado, desarrollado, estimulado por medio del diálogo en una comunidad de indagación.

Después de estas afirmaciones conceptuales debemos volver para preguntarnos, entonces, ¿qué es la filosofía? Esta palabra tan cargada de connotaciones y denotaciones académicas, de señores serios, de miradas concentradas, de conceptos difíciles y extraños al habla popular, ha terminado siendo un saber de unos pocos, para unos pocos, que impidieron el acceso al manantial de donde brota la sabiduría para prohibir la entrada de la *gente de a pie*. Y reparemos en como el sentido originario de la palabra filosofía (filos=amor; sofía=sabiduría) fue perdiendo aquella sabiduría socrática, del *filósofo de la plaza*, que llevaba al transeúnte de las calles de Atenas a la necesidad de revisar el contenido de sus pensamientos. Imaginemos, por un momento, que el ateniense se presentara hoy en una ciudad cualquiera de nuestro mundo y se dirigiera a los simples ciudadanos preguntando: «¿No dirías tú que si [esto]... está aceptado, deberíamos afirmar que, entonces, también [aquello]... debería estarlo?» ¿Sería muy apresurado pensar que terminaría encerrado en un manicomio? Mientras tanto los académicos ni se enterarían de su presencia interrogadora⁶. Más aun, de saberlo ¿no lo habrían denunciado como impostor?

La filosofía no es algo inalcanzable, reservada para uso de hombres *inteligentes y excepcionales que hablan en difícil*. No es algo que se deba buscar solamente en las universidades. De lo que se trata, dice la Dra. Sharp, es de prestar atención a todos esos conceptos que se utilizan cotidianamente, en el habla

⁶ He tomado con mucha libertad, como inspiración para esta propuesta, la *Leyenda del Gran Inquisidor*, que Fiódor Dostoyevski (1821-1881), el escritor ruso, narra en su novela *Los hermanos Karamazov*, publicada en 1880.

popular que, en realidad, están cargados de significaciones riquísimas que se pierden por falta de la pregunta, tantas veces de apariencia ingenua, que nos remita a pensar sobre todo ello:

La filosofía es una disciplina muy diferente de las otras disciplinas que (...) pone su ojo en ideas más que en hechos, e invita a todas las personas de la comunidad a prestar especial atención a todo aquello que nosotros damos por hecho o asumimos cotidianamente como normal (...) recién cuando estoy conciente de ese tipo de actividades mentales que tengo, puedo llegar a un cierto autocontrol y a ser conciente de qué manera puedo llegar a pensar mejor y actuar mejor.

Entonces el énfasis está colocado siempre en tratar de construir algo nuevo o en emprender un camino investigativo preguntando ¿qué estoy haciendo? ¿por qué lo estoy haciendo? ¿hacia dónde me dirijo? ¿a dónde intento llegar? En esta tarea lo que debe dejarse de lado, superándolo, es el tratamiento técnico o profesional de la filosofía para recuperar su capacidad instrumental que mejore nuestros modos de pensar. No interesa cuáles sean las conclusiones a las que podemos arribar, lo que preocupa es que el método nos garantice, en lo posible, la mayor y mejor aproximación a la verdad. Sin olvidar que en el tipo de pregunta que formula la filosofía las respuestas posibles son varias, que no hay certeza científica, y que por ello es necesario evitar las tentaciones de los caminos fáciles y rápidos, aceptando el esfuerzo de los senderos ríspidos, muchas veces muy poco transitados. Si esos caminos los compartimos con otras personas que pueden aportarnos miradas diferentes a las propias mucho mejor, porque contraponemos ideas diversas y esa confrontación fortalece nuestra convicción o muestran el error parcial o total de lo que estamos sosteniendo. La pluralidad se enriquece con la multiplicidad de miradas sobre el mismo tema.

Lo que importa, como ciudadanos de la tan mentada democracia, más anunciada que practicada, es el aprendizaje que requiere el vivir y participar en ella: aprender a escuchar la palabra del otro; saber preguntar por aquello que no comprendemos y de lo que disentimos; dar valor y respeto a la palabra empleada: la propia y la ajena, preguntando por el sentido en que es utilizada cuando alguna propuesta nos resulta extraña, sin desvalorizar antes de escuchar los argumentos; dar razones de lo que decimos y solicitarla cuando las recibimos; aprender a hacer preguntas pertinentes, conceptualizando nuestras ideas; utilizar el ejemplo o el contra-ejemplo para aclarar lo expresado; desenterrar los supuestos que sostienen el argumento propio o el ajeno, para descubrir el cimiento oculto que puede dar cuenta de lo que esconde la palabra; confrontar los criterios de qué es la verdad, reflexionar sobre la ambigüedad de la palabra para discriminar lo real de lo no real; dentro de todo esto, separar lo seguro de lo probable, como así también de lo que no se puede saber.

Un alto en el camino

La propuesta de este breve cuadernillo, que va a continuar en otros próximos, es comenzar a tratar un tema que se ha ocultado en la cultura moderna. Toda ella, en los últimos cuatro siglos, ha centrado sus ideas, sus investigaciones, sus reflexiones, sus conclusiones, en torno a la realidad que encuentra la mirada humana, al poner todo el énfasis en la necesidad de obtener una verdad “clara y distinta” como pretendía René Descartes, después de siglos de lo que consideraba el oscurantismo medieval, en el que se debatían ideas abstrusas, con pensamientos complejos, sobre temas incomprensibles, según decía. Por ello la necesidad de recortar una campo de la realidad al que se pudiera *estudiar objetivamente*, proponiendo *afirmaciones verificables*, para construir una verdad indudable. La física moderna y después la química,

lograron ese objetivo. Este modo del saber ofreció un panorama repleto de certezas que consolidó un piso firme para el conocimiento de esa época, que todavía funcionaba del mismo modo a fines del siglo XIX.

El siglo XX, y de ahí en más, comenzó a dudar de ciertas certezas o, por lo menos, a relativizarlas a un espacio acotado de toda la realidad, aquel que dominaban las llamadas *ciencias exactas*. Pero el hombre de esta época ya no estuvo seguro de que el mundo fuera como los afirmaban esas ciencias, es decir, que había muchos otros temas inabordables con métodos tan estrictos y severos. En vista de ello la realidad humana: social, cultural, ética, política, económica, mostraba una variedad de comportamientos, una diversidad de actitudes, no pasibles de subordinación a las estrecheces del saber exacto.

La presencia de un factor, relegado al despreciado ámbito del saber filosófico medieval, reelaborado por la filosofía moderna, la *libertad humana*, no admitía las imposiciones de las leyes rígidas con que le proponían pensar lo humano. La existencia sobrevalorada de una realidad objetiva fue el resultado de una cultura, como la burguesa, obsesionada por la conquista de las riquezas materiales, objetivo que absorbió gran parte del tiempo de los pensadores e investigadores en resolver los aspectos técnicos de la explotación de la naturaleza: la tecnología desplazó a la ciencia pura. Pero se estaba llegando a una etapa en la cual esas respuestas, que eran importantes, no agotaban las preguntas que comenzaban a amenazar la paz del hombre burgués. El *objeto del conocimiento* fue la figura central de todo ese tiempo.

Se comienza a preguntar por el sujeto de ese conocimiento que, si bien ya se había planteado adquiriría ahora una importancia que había perdido desde los tiempos del humanismo renacentista⁷ El aporte de la Psicología de la mano de Sigmund Freud⁸ (1856-1939) obligó a volver la mirada hacia el interior del hombre, donde se iba alojando una angustia existencial, que permanece hasta hoy, sobre todo en los países centrales. Si bien el tratamiento del gran psicoanalista apuntaba en gran medida a lo terapéutico, las preocupaciones de estos tiempos han exigido revisar lo que se piensa de la posibilidad y la capacidad de conocer, sus modalidades y sus métodos.

Equivale a decir: nos enfrentamos a una inversión del tema de la verdad, a una especie de nuevo *giro copernicano*⁹. El problema impone preguntas que deben dirigirse hacia dos frentes: ¿cómo es la realidad exterior que nos rodea? Y ¿qué capacidad tiene el hombre de conocerla? Es esta segunda la que abordamos en estos cuadernillos.

⁷ Se puede consultar sobre ese tema mi trabajo *Problemas que hoy enfrenta el humanismo*, publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2

⁸ Fue un médico y neurólogo austriaco, creador del psicoanálisis y una de las mayores figuras intelectuales del s. XX. Su interés científico inicial como investigador se centró en el campo de la neurología, derivando progresivamente sus investigaciones hacia la vertiente psicológica de las afecciones mentales, de la que daría cuenta en su práctica privada.

⁹ Nicolás Copérnico (1473-1543) matemático y astrónomo polaco, fue el primero que formuló una teoría, teoría heliocéntrica del Sistema Solar, que desplazaba la creencia de que la Tierra era el centro del sistema solar. A este cambio se lo denominó el *giro copernicano*.

Parte II

Retomando la marcha

Hemos estudiado y reflexionado, en el cuadernillo anterior, sobre las mejores condiciones para lograr un conocimiento aceptable (al menos) y confiable (como objetivo superior). Para ello, hemos podido leer y pensar cuáles son las necesidades a las que debemos prestar atención para el logro de esa propuesta. Nos quedamos sobre el borde de la pregunta de si estamos seguros de que el hombre está en condiciones reales de conocer.

Para ello, debemos reflexionar sobre un aspecto importante de nuestra posible actitud.

Afrontar desde la postura decepcionada que lleva a pensar que *el mundo es como es*, que *no puede cambiarse*, puede estar llevando a la decepción al lector desprevenido, de encontrarse en las páginas que presento con afirmaciones que desafían ese costado del sentido común. No niego que la cultura globalizada apunta a convertirnos en tristes habitantes de un mundo inmodificable. Pero el punto de partida de este trabajo, de mi parte, es la afirmación de una esperanza consolidada, desafiante, que se obstina — a pesar de todas las barreras que pretenden impedirlo— en la posibilidad de construcción de una comunidad que albergue a todos brindándoles las condiciones básicas de una vida digna, libre, que favorezca la expresión de las riquezas reprimidas en la infinita variedad que ofrece la conciencia humana; por ello, encaminar los esfuerzos hacia la posibilidad de fomentar la expresión de la infinita variedad de flores que contiene la conciencia humana. No hay dudas de que esas ideas no son más que ideales hoy, que su realización está lejos de ser posible. Pero tampoco debe haber dudas respecto de que sin esos ideales nunca será posible un mañana diferente. Los ideales son como un faro que ilumina el camino que todavía falta recorrer; sin él, la penumbra que envuelve ese camino nos coloca ante el riesgo de perder la huella y transitar sin rumbo. «Se puede saber adónde ir, pero no saber cómo. Pero peor es saber cómo ir y no saber hacia dónde», dijo Ernesto Guevara.

Revisando nuestra capacidad de pensar

Los filósofos se plantean problemas mucho más generales que los científicos. Por ejemplo, qué es la materia, en lugar de preguntarse sobre las propiedades del agua o de la llamada materia oscura. Y se permiten poner en duda algunas especulaciones de los científicos, tales como las de Hawking sobre el mal llamado origen del universo, que en realidad es el origen de la expansión del universo. Análogamente, los filósofos de la mente se preguntan sobre la naturaleza de los procesos mentales en general, en lugar de averiguar, por ejemplo, cómo interactúa el órgano del conocimiento -la corteza cerebral- con el de la emoción -el llamado sistema límbico.

Mario Bunge - físico y filósofo

La cita del Dr. Mario Bunge¹⁰ exige cierto detenimiento en el pensar. Recomendando volver a leerla después de avanzar con la lectura de estos cuadernillos.

¹⁰ Se doctoró en ciencias físico-matemáticas en la Universidad de la Plata, en 1952. Allí y en Buenos Aires impartió Física teórica y Filosofía, hasta que abandonó la Argentina, en 1963. Tras enseñar en México, los Estados Unidos y

Para comenzar esta segunda parte, propongo la lectura de dos citas que nos darán tema para pensar en ello. La primera es del filósofo francés René Descartes¹¹ (1596-1650), quien comienza el tratamiento del problema, tal cual se lo plantea, en el *Discurso del método* (1637). Leámoslo detenidamente, para introducirnos en esos primeros cuestionamientos que se van a plantear a comienzos de la Modernidad europea¹², acerca de cómo acercarse al problema para comenzar su crítica:

El buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo, pues cada uno piensa estar tan bien provisto de él que aun aquellos que son más difíciles de contentar en todo lo demás, no acostumbran a desear más del que tienen (...) la diversidad de nuestras opiniones no proviene de que unos sean más razonables que otros, sino solamente de que conducimos nuestros pensamientos por diversas vías y no consideramos las mismas cosas. Pues no basta con tener la mente bien dispuesta, sino que lo principal es aplicarla bien.

No puede escapar al lector el sentido irónico, finamente humorístico, con el cual comienza sus reflexiones. Pero con ello nos advierte que predisponerse a pensar no es suficiente para el logro de un buen razonar, es imprescindible hacerlo bien. Dicho esto, nos coloca ante una nueva y buena pregunta: ¿cómo se hace para “aplicar bien” el razonamiento a un tema determinado? Aparece entonces, para Descartes, el problema del *método* que va ocupar la totalidad de su libro. No nos vamos a internar en el seguimiento de su *Discurso*, sólo debe servirnos como un importante señalamiento de algo que no debemos pasar por alto.

Pasemos a la segunda cita. Es de un filósofo argentino, Rubén R. Dri¹³, que nos propone un punto de partida para pensar el conocimiento humano y sus fundamentos:

Es evidente que el conocimiento es un hecho. Es decir, es a todas luces manifiesto que conocemos. En consecuencia, si queremos tratar el conocimiento, debemos partir de ese hecho. Pero es también evidente que dicho fenómeno plantea problemas y que éstos llegan hasta a hacer que el hombre se cuestione la misma posibilidad del conocimiento (...) Es decir, si bien lo primario es el hecho del conocimiento, sin embargo, no se puede negar que a partir de él se plantean problemas que a él mismo lo tocan, lo cuestionan como hecho. La problemática suscitada por él, repercute sobre él mismo. (...) Por otra parte, como ya lo hizo notar Hegel¹⁴, criticando a Kant¹⁵, no se puede cuestionar la posibilidad del conocimiento sin hacer uso del mismo.

Aunque parezca una perogrullada, subraya algo evidente que no debe saltarse: el hombre es un animal racional, por lo tanto, está capacitado para pensar con esa razón que lo distingue del resto de los animales. La definición latina de hombre como *animal racional* nos habla de ello. La razón es, digámoslo

Alemania, se instaló definitivamente en Montreal (Canadá), donde obtuvo la cátedra Frothingham de Lógica y Metafísica de la Universidad McGill. En su carrera, recibió 16 doctorados *Honoris Causa* y el premio *Príncipe de Asturias*, en 1982.

¹¹ Filósofo, matemático y físico francés, considerado el padre de la Filosofía Moderna, así como uno de los nombres más destacados de la revolución científica. Formuló la célebre frase “Pienso, luego existo”, fundamento esencial del racionalismo occidental.

¹² Período histórico que comienza en el siglo XVI y abarca hasta el siglo XX, según algunos autores.

¹³ Rubén Dri, filósofo, teólogo y docente argentino de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

¹⁴ Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831), filósofo alemán. Fascinado por las obras de Platón, Aristóteles, Descartes, Spinoza, Kant, Rousseau, así como por la Revolución Francesa, se lo considera el último de los más grandes metafísicos.

¹⁵ Immanuel Kant (1724-1804), filósofo alemán de la Ilustración. Es el primero y más importante representante del idealismo alemán y está considerado como uno de los pensadores más influyentes de la Europa moderna y de la filosofía universal.

de este modo, el instrumento del cual dispone para el acto del conocimiento. Esto fue suficiente para que, durante siglos, se partiera del *hecho*, como dice Dri, de la posibilidad del conocimiento. Sin embargo, también es un *hecho*, y esto lo advierte Descartes, de que cuando uno se detiene a contemplar, escuchar, analizar, cómo los hombres utilizan ese instrumento, el resultado de sus razonamientos nos enfrenta a “la diversidad de opiniones” a las que se arriba respecto de un mismo tema. Tomar nota de esta corroboración nos obliga a detenernos a pensar qué es lo que falla. Y el filósofo francés nos señala que la divergencia “no proviene de que unos sean más razonables que otros, sino solamente de que conducimos nuestros pensamientos por diversas vías y no consideramos las mismas cosas”.

El camino que estamos siguiendo nos enfrenta ahora con un viejo tema del pensamiento: el supuesto. ¿Qué es un supuesto? Comencemos por el análisis de la palabra “su-puesto”. Está conformada por un prefijo, “sub” (‘lo que está debajo’), y la palabra “puesto”. Significa que está “puesto” debajo, y que “sub” oficia de sostén. Entonces, a partir de “sub”, se construye sobre él la continuación de lo que se dice.

No hay duda de la necesidad de los supuestos en toda conversación o discurso humano. Si nos propusiéramos aclarar todo aquello que se *supone* cuando se comunica alguna idea, esto demandaría un tiempo insoportable, que anularía toda posibilidad de comunicarse con los demás. Para tomar un ejemplo, algo dificultoso pero útil, al menos para ver la disparidad de supuestos que se pueden presentar en el estudio de la realidad social, nos dice la investigadora Arelis Jaime Nova¹⁶:

Los supuestos filosóficos en las ciencias sociales están basados en las diferentes opiniones que tienen los estudiosos sobre el objeto de estudio y todas las implicaciones en la creación de conocimiento, métodos, explicación y resultados de las investigaciones apoyadas en sus respectivas teorías. Cada concepción debe tener un representante que debe exponer en qué consiste su corriente filosófica tratando de explicar cada uno de los supuestos. Podemos ver que así como el *materialismo* se fundamenta en la materia como la realidad y causa de todas las transformaciones que en ella se producen, el *racionalismo* se basa en la razón y en el *conocimiento de la realidad*, y una actitud que se opone es el *empirismo* que sostiene que el conocimiento se basa en la experiencia. Los supuestos del *positivismo* sostienen la realidad de los hechos observados y analizados, el *realismo* se fundamenta en lo posible, lo crítico y lo exacto de la realidad sobre el conocimiento en un *realismo gnoseológico*.

Superemos la dificultad del texto y concentrémonos en las aclaraciones que propone. Dice que cuando se propone una descripción, un análisis, una interpretación de algún fenómeno social debe aclararse desde qué supuestos filosóficos, es decir en este caso, desde qué concepción de lo que se entiende por modo de conocer: el materialismo, el racionalismo, el positivismo, el realismo, etc. Cada uno de ellos encontrará, en el objeto que va a estudiar, aspectos que sobresalen a partir de lo que su concepción, su matriz de ideas, su paradigma, su ideología, etcétera, le señala como importante.

Veamos otro ejemplo de la vida cotidiana, que puede iluminarnos sobre lo que queda dicho. En este caso, los supuestos van a funcionar como pre-juicios, es decir como juicios ya hechos y que llevamos guardados en nuestra mente como valores importantes, y que operan en la observación sin que seamos totalmente conscientes de ello:

Un grupo de personas es testigo de un accidente en una esquina. El hecho: un motociclista joven debe frenar bruscamente por el cruce de una persona mayor que no miró antes de cruzar. No pasa nada grave, pero la persona mayor, muy asustada, tiene un ataque de nervios y está fuera de sí. El joven trata de explicarle que el semáforo le daba paso a él y que ella no debía haber cruzado. Ella contestará que si él no se hubiera desplazado a la velocidad con que lo hacía, no hubiera tenido

¹⁶ Licenciada en Farmacia, Máster en Química Farmacéutica, investigadora agregada al Departamento de Riesgos Químicos, Instituto Nacional de Salud de los Trabajadores, La Habana, Cuba.

necesidad de frenar de ese modo. Los testigos pueden brindar una descripción de lo visto. Pregunta al lector: ¿todos estarían de acuerdo en la descripción de los hechos y en quién tuvo la culpa?

En el mismo sentido que en la cita anterior, aparece una cantidad de supuestos (pre-juicios), a partir de los cuales cada una de las descripciones resaltarán algunos aspectos y desechará otros. Ejemplos: “Los jóvenes de hoy no respetan a las personas mayores; él debería haber notado que la persona mayor iba a cruzar, aunque no le correspondiera, y frenar mucho antes, por las dudas”; “las personas mayores no deberían andar solas por la calle, sabiendo cómo está el tránsito hoy”; “estas esquinas son muy peligrosas, porque nadie respeta los semáforos”; etc. Cada uno de estos juicios tiene un sustento, un supuesto, una carga de valores previos que tiñen la observación de los hechos. La edad, la clase social, la educación recibida, el carácter, el perfil de personalidad, etcétera, son todos componentes que participan en el análisis del hecho, aun cuando quienes lo hagan no tomen conciencia del “desde dónde” están viendo y pensando. Se puede agregar, para seguir pensando, una jugada en un partido de fútbol tendrá tantas (o casi tantas) apreciaciones e interpretaciones como espectadores la hayan visto.

Todo aquello que queda por debajo, y que por ello sostiene el juicio emitido, funciona como un condicionante de lo que se aprecia o juzga. El profesor Manuel García Morente¹⁷ (1886-1942), en sus *Lecciones preliminares de la filosofía*, sostiene la necesidad de adoptar lo que podríamos denominar una actitud filosófica ingenua: «Es absolutamente indispensable que el aspirante a filósofo se haga bien cargo de llevar a su estado de ánimo una disposición infantil. El que quiere ser filósofo necesitará puerilizarse, infantilizarse, hacerse como un niño pequeño». En estas palabras, encontramos una resonancia evangélica en la necesidad de añiarse para desprenderse de todos los prejuicios: «De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos». El hacerse niño no es posible si lo tomamos literalmente, pero sí se puede entender la necesidad del esfuerzo, tanto en la conducta humana reclamada por Jesús, como en la actitud filosófica exigida por el profesor español, de revisar esos condicionamientos psíquicos, sociales, culturales, etcétera, que se presentan en el momento de pensar detenidamente un tema cualquiera.

La importancia del método

Si estamos ante un cambio de tiempos, como lo creo firmemente, el fenómeno afecta nuestras creencias y sistemas de pensar. En verdad lo que se acaba es el tiempo rectilíneo y lo que comienza es otro tiempo.

Octavio Paz

Hemos llegado a un punto en el que se nos impone volver nuestra mirada hacia dentro de nosotros, como un camino para poder establecer, con cierto grado de certeza, quiénes somos y qué somos como seres pensantes, cuáles son nuestras capacidades y cualidades y cuáles son nuestros límites. Descartes nos muestra una preocupación semejante a la que nos estamos planteando. Centra su investigación en la posibilidad de encontrar caminos firmes de *acceso a la verdad*. En esa búsqueda, afirma en el *Discurso del método*, que «lo que yo deseaba siempre extremadamente era aprender a distinguir lo verdadero de lo falso, para ver claro en mis acciones y caminar con seguridad por la vida». Nadie, en su madurez de juicio, podría

¹⁷ Manuel García Morente, filósofo español. Gran divulgador, traductor de destacadas obras del pensamiento europeo, filósofo de cuño original, extraordinario profesor.

oponerse a esta motivación. Es precisamente el camino que estoy proponiéndole al lector, aunque la posibilidad de éxito no pueda estar asegurada:

Es verdad que, mientras no hacía otra cosa que considerar las costumbres de los demás hombres, apenas encontraba en ellas nada seguro, advirtiéndome que eran diversas como antes me habían parecido las opiniones de los filósofos (...) viendo muchas cosas que, aun pareciéndonos ridículas y extravagantes, no dejaban de ser comúnmente recibidas y aceptadas por otros.

En una época en la que el cambio de costumbres, de tecnologías, de ideas, nos corre y nos apresura, hasta nos sobrepasa, es saludable mentalmente darnos cuenta de que más de tres siglos atrás el problema de la certeza de saber *cosas verdaderas* encontraba dificultades parecidas a las nuestras. Esto nos obliga a reflexionar en que hay que recuperar valores mucho más perdurables que este cambio vertiginoso; no dejarnos arrastrar por la marea de la novedad constante, cuando problemas permanentes requieren nuestra atención para brindar un poco más de paz a nuestras almas. Cabe aquí una breve referencia a la confusión, tan en boga hoy, entre conocimiento e información; ésta es tan efímera, que no resiste el paso de las horas; aquel requiere siempre una detenida cavilación que repare en la cantidad de exigencias que encierra su acceso.

Una vez detectadas y planteadas las dificultades, es preciso avanzar en algunas decisiones: «Aprendí a no creer demasiado firmemente en nada de lo que yo hubiese sido persuadido sólo por el ejemplo y la costumbre; y así me liberé poco a poco de muchos errores que pueden ofuscar nuestra luz natural y hacernos menos capaces de escuchar la voz de la razón»¹⁸. Si lo que *se dice* presentaba entonces, para el filósofo francés, un problema acerca de *la verdad* de sus contenidos —en un mundo cruzado por una cantidad inabarcable de informaciones de todo tipo, en las que se entreveran la verdad, la verdad a medias, sólo una parte determinada de la verdad, falsedades encubiertas, mentiras aviesas, afirmaciones perversas, etcétera (todo ello no siempre con ingenuidad), — hoy nos pinta con mayor claridad el problema que enfrentamos. Es decir, dadas esas dificultades, cómo construir en nosotros criterios confiables, manejables, que nos habiliten para discernir dentro de ese fárrago lo rescatable de lo descartable. Aceptemos el ejemplo de nuestro maestro: «tomé la resolución de estudiar también en mí mismo y de emplear todas las fuerzas de mi espíritu en elegir el camino que debía seguir».

Este camino impone una revisión de todo aquello que hemos acumulado a lo largo de nuestra existencia, sin haber pasado previamente por el tamiz del análisis. Ese tipo de “verdades” que se aposentan en nuestra conciencia (mente, alma o como se prefiera) van consolidando una especie de cimiento sobre el cual se va a ir edificando un cuerpo de ideas y valores que sostendremos, muchas veces sin conciencia de ello, y que condicionarán nuestras convicciones permanentes, salvo revisión de todo ello. Es esto lo que nos cuenta Descartes:

En lo que atañe a las opiniones que hasta entonces había yo admitido en mi creencia, pensé que no podía hacer cosa mejor que intentar por una vez suprimirlas todas, a fin de colocar después, en su lugar, bien otras mejores, o bien las mismas, una vez ajustadas al nivel de la razón. Y creí firmemente que, por ese medio, lograría conducir mi vida mucho mejor que si no edificaba más que sobre viejos cimientos y no me apoyaba más que en los principios que me había dejado inculcar en mi juventud, sin haber examinado nunca si eran verdaderos.

¹⁸ El tema del sentido común y del saber que de allí se desprende está analizado en *Vox pópuli, ¿vox Dei?*, publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2

Para una mejor valoración de las reflexiones cartesianas, es necesario ubicar a nuestro pensador en su tiempo. Habita el tiempo cultural de comienzos de la Modernidad, y algunos lo colocan como el padre de ella. Podría decirse que aquel tiempo tiene muchas concordancias con el nuestro. Se estaban produciendo cambios muy profundos que ponían en cuestión los basamentos de un mundo que se derrumbaba: el Medioevo. Un largo tiempo de siglos bajo el pesado legado de la Escolástica había marcado férreamente el pensamiento de esa época. Se denominó Escolástica (palabra de deriva del latín *scholasticus*, que refiere a todo aquel que pertenece a la escuela), al movimiento teológico y filosófico que realizó un gran esfuerzo para utilizar la herencia de la filosofía grecolatina para comprender la revelación religiosa del cristianismo.

Esta corriente teológico-filosófica fue dominante del pensamiento medieval, se basó en la coordinación y armonización entre fe y razón, que en todo caso siempre suponía una clara subordinación de la razón a la fe. Este gran esfuerzo debió enfrentar las contradicciones que generaban las corrientes filosóficas no sólo grecolatinas, sino también árabes y judaicas, que se habían ido depositando en el pensamiento de los primeros siglos de la era cristiana. La fundamental preocupación se concentraba en crear y consolidar un sistema sin contradicciones internas (ya que debía albergar la palabra de Dios). Por estas razones, la Escolástica padeció una excesiva dependencia del argumento de autoridad, lo que le valió una cierta rigidez.

Por otra parte, como señala Antonio Rodríguez Huescar¹⁹ (1912-1990): «El curso del pensamiento medieval, radicalmente volcado hacia Dios, no permitió *ver* al mundo ni al hombre, salvo como expresión y significación de la grandeza del ser divino, es decir, como *criatura*». En este aspecto es que se destaca el aporte de Descartes al centrar su investigación en el hombre como sujeto posible del conocimiento que deja de lado la revelación divina. Desde hoy, no es fácil reconocer este giro del pensamiento muy mal visto por el poder eclesiástico, lo que le valió el exilio. Su búsqueda de un camino de acceso a la verdad, como vimos, por otra vía que la de la revelación, lo llevó a desembocar en el racionalismo, el sostén de la razón como criterio de verdad. Como pensador de la Edad Moderna, fue un representante de ese tiempo de transición entre dos épocas tan diferentes, al librar una batalla sorda contra la herencia medieval. Ya no era el Cielo el objeto del pensar; ahora, la Tierra y su vida cotidiana atraían el interés del pensamiento.

Retomo ahora el tema de las *concordancias de los tiempos* de Descartes, con nuestro mundo. Aunque nos cueste mucho mayor trabajo detectar todas las implicancias de este tiempo actual —dado que estamos inmersos en él y no es fácil tomar la distancia que nos brinde la perspectiva necesaria—, debo decir que corresponde a un final de época²⁰. Desarrollar este tema requiere mucho más que un párrafo, por lo cual sólo lo plantearé: estamos atravesando el final de una época, precisamente, el fin de la Modernidad, al que algunos pensadores europeos han definido como la Posmodernidad. Vivimos un tiempo lleno de incertidumbres, de carencias de razones que ofrezcan una base sólida a la vida; de presencia de muchas formas de la verdad acompañadas por un escepticismo que se extiende; de falta de un horizonte claro y deseable que prometa un mundo mejor. Es un tiempo que exige, aunque ello no aparezca al alcance de la mano, la necesidad de reconstruir formas del pensar que puedan ofrecer certezas sobre las cuales caminar

¹⁹ Filósofo español, discípulo directo de José Ortega y Gasset y miembro de la llamada Escuela de Madrid.

²⁰ Este tema está más desarrollado en mi trabajo *El marco cultural del pensamiento político moderno*, publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2.

en la búsqueda posible de la verdad. Aunque ésta se esconda, se escabulla, se escurra, no debemos dejarnos ganar por la fatiga que hace desfallecer a la voluntad.

La convicción que demostró el pensador francés de que todos los hombres estamos dotados, en principio, para alcanzar *la verdad* (aunque hoy debiéramos decir, tal vez, *alguna verdad* que, por lo menos, nos permita apoyarnos en ella), ya que afirmaba que, por naturaleza, hemos recibido la capacidad de distinguir lo *verdadero* de lo *falso*, sin olvidar que la falibilidad es también un componente humano. Esto se podía reparar, en parte, con el aporte de un *método*, que fue un gran tema de sus investigaciones. Digo esto, porque podemos entonces leer al filósofo francés y pensar sus conclusiones no como un programa, una receta infalible, sino como un camino para recuperar algunas reflexiones básicas que nos capaciten para emprender la senda de un pensar más sólido y maduro.

El haber dejado atrás la certeza inmovible de la fe exigía recurrir a un instrumento que nos advirtiera los desvíos del error. Si bien es cierto que su *método* no ofrecería hoy (después de tanta tinta que corrió por las páginas de la filosofía) los mismos resultados que el creyó lograr, al menos seguir sus pasos puede acercarnos a desechar los errores más burdos, los razonamientos poco fundados, las ideas aceptadas, como decía él, sin el análisis de la razón. Aquel tiempo demandaba construir una imagen de la realidad para la cual, como actualmente, las verdades de la fe ya no son suficientes, cuando no, inservibles.

Las semejanzas de época son varias: por entonces, el desmoronamiento de la confianza en la fe había empujado a demoler el edificio escolástico. Pero la piqueta de la duda, al comenzar su labor, hizo temblar los cimientos del mundo en el que vivían aquellos hombres. Hoy la duda terminó su larga labor. Los resultados, no queridos en aquel tiempo, se manifiestan ahora en la increencia generalizada en los grandes ideales, lo que se ha dado en llamar el *fin de las ideologías*: la incapacidad para soñar utopías y los relatos apocalípticos del fin de los tiempos se asoman por acá o por allá, aunque los rechacemos. La esperanza desertó de la mayor parte de las vidas contemporáneas, y los hombres y mujeres deambulan sin convicciones, sin otras búsquedas que las que nos puede ofrecer el camino al mercado.

La desesperada, por momentos, búsqueda de la seguridad (del modo como se la entienda) es un síntoma claro de esta época de crisis, de hombres desorientados, inseguros, perdidos, tal como sucedía en aquel siglo XVII europeo. Dice Descartes: «Pero, como hombre que anda solo y en las tinieblas, me resolví a caminar tan lentamente y a usar de tanta circunspección en todas las cosas, que, aunque sólo avanzase muy poco, por lo menos me preservase de caer».

Ante el panorama que se extiende frente a nosotros, creo que podemos, por lo menos, intentar la construcción de un *método negativo*, un mecanismo de pensamiento que no nos permita caer en el error, evitar los pasos en falso. El instrumento imprescindible es la cautela, la duda que nos obligue a revisar más de una vez nuestras ideas, pero no, la duda desconfiada que demuele todo sin miramientos, a partir de la cual nada es posible construir. Esa duda no es útil y es el recurso de la desesperación que desemboca en el peor de los escepticismos. Sólo logrando la superación de las condiciones extremas del pensamiento, las que lo colocan al borde del abismo de la nada, se impone repechar la cuesta de la crítica a lo existente con la mirada puesta en la posibilidad de comenzar a creer que es posible transitar por la senda que conduce a la verdad.

La recomendación de Descartes es la siguiente:

Ya me percaté hace algunos años de cuántas opiniones falsas admití como verdaderas en la primera edad de mi vida y de cuán dudosas eran las que construí sobre aquellas, de modo que era preciso destruirlas de raíz para comenzar de nuevo desde los cimientos, si quería establecer, alguna vez, un sistema firme y permanente.

El paso siguiente, a partir de allí, consistía en:

No aceptar nunca cosa alguna como verdadera que no la conociese evidentemente como tal, es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y la prevención y no admitir en mis juicios nada más que lo que se presentase a mi espíritu tan clara y distintamente, que no tuviese ocasión alguna de ponerlo en duda.

No creo que estas palabras logren resolver el problema de nuestro modo de pensar para evitar totalmente el error y obtener siempre una verdad indudable. Es muy probable que eso no esté al alcance de los humanos, pero creo que, al menos, nos ha ofrecido una serie de reglas que, ejercitadas cotidianamente, mejorarán mucho nuestras reflexiones.

La información como problema

La cabeza piensa a partir de donde los pies pisan. Para comprender, es esencial conocer el lugar social de quien mira. Vale decir: cómo vive, con quién convive, qué experiencias tiene, en qué trabaja, qué deseos alimenta, cómo asume los dramas de la vida y la muerte y qué esperanzas lo animan. Esto hace de la comprensión siempre una interpretación.

Leonardo Boff

Quiero comenzar este apartado con un comentario fuerte, chocante, irritante tal vez, que nos acerca Mónica López Ocón, editora del suplemento *Cultura y Opinión* de la revista *Noticias*:

A fuerza de repetidas, algunas frases discutibles, falaces o, sencillamente idiotas, se vuelven verdades absolutas. Pasan así a formar parte del pensamiento chatarra, de la minuta filosófica que nos saca de apuros a la hora de tener que pensar por nosotros mismos. Basta, sin embargo, con hacerles un examen bromatológico, es decir, con tomarse esas frases en broma, para descubrir que estamos ingiriendo algo más nocivo para la salud de nuestro pensamiento que una hamburguesa de *McDonald's* para la salud arterial. Dentro de la cajita feliz de las supuestas verdades absolutas, hay una que es considerada indiscutible: «Una imagen vale más que mil palabras». Y es curioso también que quienes la repiten como una verdad revelada sean los mismos que se quejan de que «la gente ya no lee». ¿Pero en qué quedamos? Si una imagen vale más que mil palabras, en vez de promover la lectura, sería más útil promocionar los álbumes de figuritas o los videojuegos.

Esta etapa de la cultura occidental, es probable que la del mundo globalizado también, se caracteriza por la presencia insoslayable de la información distribuida por los medios masivos de comunicación²¹ que se ganó la denominación de “sociedad informatizada”. Es decir, personas que se relacionan entre sí y con la realidad social, cultural, política, económica y hasta con la realidad natural y cósmica, a través de la *información*. Dicho de otro modo, la *información* ocupa una parte tan importante dentro de nuestra mente, que logra condicionar nuestro modo de recibirla, procesarla, metabolizarla, formando matrices de ideas que tamizan selectivamente el modo de percibir el mundo que nos rodea, con criterios que no son del todo conscientes. Este es un tema difícil por lo cual he remitido a otros trabajos para su profundización. La cita de López Ocón es como una espina que nos agujonea para pensar y repensar esto.

Mi larga experiencia docente me ha enseñado algunos mecanismos intelectuales para prepararnos frente a la recepción de la información (entiéndase por ella todo tipo de texto, imagen, sean cuales fueren los soportes: libro, diario, radio, televisión, comentario cotidiano, etcétera, que denominaré, genéricamente, *discurso*).

La *primera* actitud es preguntarnos por *quién lo dice*: su vida, su lugar y fecha de nacimiento y muerte, para ubicarlo histórica y geográficamente (su mundo); la *segunda* es preguntarnos *qué dice*: prestar atención al contenido del modo más preciso posible, para no contaminar el discurso con nuestras *interpretaciones*; la *tercera*, preguntarnos *por qué dice lo que dice*, para intentar discernir la actitud e intención del emisor del discurso; y, por *último*, preguntarnos *por qué no dice lo que no dice*. En este paso, debemos averiguar, al menos como intención, si no dice algo porque prefirió no abordarlo, ocultarlo, o no

²¹ Sobre el fenómeno de la comunicación de masas, se puede consultar *La democracia ante los medios de comunicación, Sociedad, política y medios I y II* publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2.

supo, teniendo en cuenta que todo discurso es siempre parcial, puesto que no se puede abarcar, en uno solo, todo lo que se puede decir sobre algo, que además sería imposible de captar.

En la escuela de prensa anglosajona, se enseña una de las reglas a las que se debe prestar atención al redactar un texto: la llamada de las “cinco w”. Un redactor, al comenzar a escribir, debe haber tomado nota acerca de que esa regla no haya sido violada. Las cinco “w” se refieren a cinco preguntas (en inglés) que deben estar respondidas en el texto para su mayor claridad comunicativa. Son: “quién” (who), “qué” (what), “cuándo” (when), “dónde” (where) y “por qué” (why). Es interesante comparar con las yo he propuesto en el párrafo anterior, y ver cómo funcionan como una contrapartida, como un juego de espejos que reflejan los dos lados de la comunicación: el del emisor y el del receptor. El buen comunicador debe respetar la calidad de lo que se intenta transmitir para el logro honesto de los objetivos de su profesión. El buen receptor debe estar atento al contenido de lo que recibe, para no caer entrampado en la Retórica²² del lenguaje comunicacional.

Este ejercicio es nada más que algo sugerido, no es que deba someterse todo lo que se recibe a este análisis exhaustivo, además de ser muy exigente y agotador. Debe tomarse como una referencia de aspectos del análisis que se debieran tomar, aunque, para cada caso, cada uno deba decidir cuáles de estos pasos son necesarios y posibles, y descartar el resto. Una muy interesante observación, que contiene una advertencia nos la ofrece el profesor Horacio A. Ghilini:

La consigna del momento sería: ¡¡Ojo a la letra grande!! En el mundo jurídico, se enseña especialmente a prevenirse de la “letra chica”. Es decir, aplicando una elemental teoría de la visión, el que quisiera engañar lo haría cambiando el tamaño de la letra para hacer que se obvие, por razones de velocidad de lectura y acomodamiento del ojo, el párrafo en el que se esconde la trampa. La revolución tecnológica y el aprovechamiento de la ciencia del consumo hacen que ahora el engaño se haga con letras de molde en los titulares, sean gráficos, radiales o televisivos. Es el impacto emocional de una tapa o de un titular lo que importa, no la posterior racionalidad del texto. Es importante tener cuidado con la letra grande, puesto que la verdad se contrapone tanto al error como a la mentira. Pero hay una diferencia esencial entre una y otra: mientras que el error no indica una mala voluntad, sino más bien una incapacidad de alcanzar la verdad, la mentira es una acción deliberada que pretende hacernos creer como verdadero lo que no lo es. Para desinformar sistemáticamente, es preciso estar *muy informado*. Una “cortina de humo” no es sólo el efecto necesario de algo que se quema. Es además algo que antepone para que no se vea más allá. Cuando obligan a “mirar para otro lado” quiere decir que hay un lado que no se desea que se mire.

Me parece un buen análisis, que no se debe dejar pasar sin una lectura detenida y meditada, porque sintetiza en un párrafo cómo funciona el fenómeno de la *comunicación*, y el contenido de la *información* que contiene, en lo que hoy se denomina, como ya antes señalé, “la sociedad de la información”. Nos dice el Dr. Pedro Luis Barcia²³: «Los medios “mediatizan” lo que tocan, es decir que operan como “mediadores” entre la realidad y el receptor; pero no son ni transparentes, ni objetivos, ni desinteresados», es allí donde debemos apuntar la mirada crítica para desentrañar todo el contenido del mensaje: lo dicho, lo no dicho, lo dicho a medias, lo mal dicho. Puesto que así como no prestamos atención al oxígeno que respiramos, pero

²² La Retórica es la disciplina o el arte del bien decir, de dar al lenguaje hablado o escrito la capacidad de conmovir, persuadir o deleitar. Es la suma de todo un sistema de recursos, técnicas y reglas que actúan a diferentes niveles en la elaboración de una exposición o escrito. El problema radica en el propósito de quien la utiliza, no siempre muy honesto y sincero.

²³ Doctor en Letras, argentino, lingüista, profesor e investigador universitario. Actualmente es el presidente de la Academia Argentina de Letras.

de él vivimos, la información configura la estructura de nuestra conciencia sin que lo advirtamos. Es un contexto que se nos escapa, pero que juega un papel muy importante en la cultura globalizada.

Repasando

Hoy — y este hoy abarca, por lo menos, los últimos veinte o veinticinco años para la experiencia histórica de América latina— estamos bajo la metralla y el bombardeo ideológico, político y cultural de un sistema de poder que nos hace llegar, por todos los medios a su alcance, mensajes desesperanzadores que desarman las mejores intenciones de encaminar la historia hacia un mañana mejor. El sistema comunicacional globalizado está al servicio de una ideología que nos afirma haber llegado, según Francis Fukuyama²⁴, al "fin de la historia". El contenido de esa ideología se expresa en la siguiente fórmula: *hemos llegado a una cima de la historia en la que se ha consolidado el sistema político democrático sostenido por el sistema económico de libre mercado, el capitalismo liberal de mercado. Este modelo ha creado el marco necesario para la resolución de algunas de las dificultades que todavía subsisten*. El contenido de ese mensaje, en la medida de lo que ha podido lograr, ha tenido por objeto desarraigar de la conciencia colectiva los restos de utopía que pudieran quedar.

La preocupación por la salud, la integridad, la libertad de pensamiento de nuestra conciencia es una condición insoslayable de esta tarea de liberación de nuestras conciencias. Si a la Modernidad se la celebró como la emancipación del dogmatismo eclesiástico medieval, nos toca hoy la tarea de construir un mundo libre de la opresión informática. La filósofa Hannah Arendt²⁵ (1906-1975) nos orienta en esta búsqueda:

No hay razón para dudar de nuestra capacidad para lograr tal cambio, de la misma manera que tampoco existe para poner en duda nuestra actual capacidad de destruir toda la vida orgánica de la Tierra. La única cuestión que se plantea es si queremos o no emplear nuestros conocimientos científicos y técnicos en este sentido, y tal cuestión no puede decidirse por medios científicos; se trata de un problema político de primer orden y, por lo tanto, no cabe dejarlo a la decisión de los científicos o políticos profesionales.

El propósito de anular nuestra capacidad crítica y, de allí, nuestra capacidad de transformar el mundo, está inserto, aunque disimulado, en el contenido de la información global que se distribuye a través de las agencias internacionales, modalidad reproducida por las cadenas locales. La mala noticia, la catástrofe, la información sesgada o mutilada, tendiente a sembrar el miedo, la desconfianza, la desesperanza; el convertir al *otro* en un posible competidor, en un enemigo, en un delincuente, nos recluyen y abroquelan en un individualismo defensivo que destruye los lazos comunitarios; en pocas palabras, la imposibilidad de un mundo mejor. Es esto lo que nos obliga al análisis crítico que desentrañe el contenido perverso de gran parte de la información.

Convocar la conciencia a la actitud crítica fue la tarea que se impuso la Modernidad en los siglos XVII y XVIII. Los pensadores más importantes aportaron mucha letra y reflexión para educarnos y gran parte de

²⁴ Francis Fukuyama, autor de *El fin de la historia y el último hombre*, 1992, fue el impulsor del llamado *Proyecto para el Nuevo Siglo Americano*, expuesto durante la presidencia de Clinton y considerado como uno de los núcleos de pensamiento de los neoconservadores.

²⁵ Fue una filósofa política alemana de origen judío, una de las más influyentes del siglo XX. Arendt defendía un concepto de «pluralismo» en el ámbito político. Gracias al pluralismo, se generaría el potencial de una libertad e igualdad políticas entre las personas.

los resultados de esas luchas ideológicas se perciben en cómo hemos sido formados nosotros: los hombres y mujeres de los siglos XX y XXI. Una simple comparación con la generación de nuestros abuelos y bisabuelos nos ilumina la mente en este sentido. Somos parte de generaciones más críticas, por ello más libres y abiertas a nuevas ideas y nuevos conocimientos. Hemos superados incontables pre-juicios de nuestros antepasados. Pero, no alcanza, la tarea debe ser permanente, dado que hoy debemos enfrentar nuevos intentos de cortarnos las alas del pensamiento. A esta denuncia quieren aportar estos cuadernillos.

Parte III

La necesidad de involucrarse

En los cuadernillos anteriores, hemos descripto las características y posibilidades de la comunicación en el seno de una sociedad que ha adquirido en las últimas décadas, las de la globalización, como vimos, una modalidad que no tiene antecedentes. Volviendo a la palabra de Pedro Luis Barcia²⁶, dada su autoridad en la materia, quiero insistir en su definición, para no olvidar la excepcionalidad histórica que representa esta etapa:

Vivimos en una ecosfera mediática²⁷: Estamos incluidos en ella, inevitablemente. Los medios de comunicación forman parte de nuestro hábitat y paisaje natural. Median entre nosotros, mediatizan todo lo que tocan. No son factores ajenos a nuestra vida cotidiana, ellos nos implican, nos apelan, nos seducen, nos enriquecen, nos influyen, nos modifican, nos condicionan, nos incitan, nos nutren, nos empobrecen...

Son palabras muy fuertes y duras que, creo, merecen ser releídas para tomar debida conciencia del mensaje que nos transmiten. Está allí sintetizado un cuadro real y grave de nuestra situación dentro del mundo global. Nada se puede analizar con seriedad sin partir de esa premisa, hacerlo es engañarnos tontamente, no hacernos cargo de la real situación, mirar hacia otro lado para no implicarnos, como si esto fuera posible.

El sistema informacional tiene, según nuestro autor, tres funciones básicas: *entretener, informar y educar*. De ellas, las dos primeras ocupan las tres cuartas partes del tiempo de emisión y absorben y condicionan nuestro entendimiento de modo tal que la tercera, educar, es apenas «una cenicienta en esta fiesta mediática». Una modificación de este estado es hoy una ilusión tonta, de imposible cumplimiento, en tanto no tomemos, como tarea indelegable desde todos los ámbitos en los que nos movemos, ejercer una crítica constante, perseverante e implacable a este estado de cosas. Un especialista en el análisis de medios, Umberto Eco²⁸, emplea palabras casi apocalípticas cuando coloca su mirada sobre la televisión: «La civilización democrática se salvará, únicamente, si hace del lenguaje de la imagen una provocación a la reflexión crítica, no una invitación a la hipnosis».

Son estas razones las que me empujan a insistir sobre el análisis de este problema, puesto que radican en él las posibilidades de construir dentro de cada uno de nosotros una conciencia clara, crítica, responsable, comprometida con las posibilidades, ya mencionadas, de caminar hacia un mundo mejor. Creo, y esto puede parecer muy exigente, que no tenemos derecho quienes hemos tenido la posibilidad de acercarnos a una formación intelectual, sea del nivel que fuere, de desentendernos de la gravedad del momento y, por ello no ser parte de la tarea de liberación de conciencias que se torna imperiosa. Barcia encara el tema desde otro sesgo, más contemplativo, intentando llamar la atención de aquellos que todavía no han advertido lo que sucede, los *ingenuos*:

²⁶ Doctor en Letras, argentino, lingüista, profesor e investigador universitario. Actualmente es el presidente de la Academia Argentina de Letras.

²⁷ La Ecosfera es el ecosistema global del planeta Tierra, que se encuentra conformado por todos aquellos organismos presentes en la Biosfera y las relaciones que se establecen entre estos y con el ambiente. Agregar el calificativo de “mediática” apunta a llamar la atención sobre el nuevo componente que representa el sistema informático.

²⁸ Se doctoró en Filosofía y Letras en la Universidad de Turín. Es un escritor y filósofo italiano, experto en semiótica, que ocupa la cátedra de Semiótica en la Universidad de Bolonia.

El calificativo *ingenuo* significa, inicialmente en la lengua, “natural”, “noble”, “cándido”: propio de la inocencia de un niño. La ingenuidad es una condición de la persona que se comporta de manera sincera sin pensar mal de los demás, carente de prejuicios y de malas intenciones. El ingenuo es un hombre o mujer de buena fe, libre de toda malicia y suspicacia. Esta ponderable condición lo hace excesivamente confiado, por inexperiencia del mundo –en nuestro caso, el mundo de los medios-, y lo puede llevar a ser un incauto y engañadizo frente a los otros.

Recordando el Evangelio cita: «Sean precavidos como la serpiente, pero sencillos como la paloma». Hay una ingenuidad, de la que hemos hablado en otro cuadernillo, la de convertirnos en niños, una ingenuidad filosófica, necesaria siempre que sea utilizada prudentemente. Aquí se habla de la otra, la que queda definida como peligrosa. Sigamos leyendo a Barcia:

Un primer lugar común que nuestra ingenuidad debe vencer es la socorrida afirmación de que los medios son como *ventanas sobre el mundo*, y que asomándonos a ellas vemos la realidad tal cual es. Nada más engañoso que esta imagen. Son ventanas, sí, pero sus vidrios no son transparentes: son coloreados con efectos visuales especiales, con deformación en su nitidez, borrosos. Los medios no muestran la realidad con diáfana transparencia. Por el contrario, la colorean, la filtran y, con ello, la modifican (...) Por lo tanto, los mensajes de los medios no son ni ventanas abiertas, ni espejos fieles, ni instrumentos objetivos, naturales y espontáneos: son *representaciones construidas* para provocar nuestra aceptación como veraces.

Y sigue con una especie de convocatoria a sumarnos a la *tarea educativa liberadora de la opresión de la ingenuidad tonta y del prejuicio malsano*: «En la medida en que padres y maestros estén enterados de los recursos retóricos de los medios y los efectos que producen, estarán más habilitados para liberarse de la seducción mediática, tomar distancia estimativa y reflexionar sobre el mensaje. Esto hace del receptor un ciudadano libre en una sociedad mediatizada». Es esta responsabilidad la que insisto en transmitir. Aunque lo que voy a decir pueda ser malinterpretado, es necesario decirlo y pensar en ello: *no es tarea para todos*, pero sí, es casi obligatorio, para aquellos que hemos tenido la posibilidad y el privilegio de estudiar, de cultivar nuestro entendimiento. No es que los demás no deban sumarse a la tarea, es que no es exigible para aquellos a los que se les negó la posibilidad de formarse o no les fue posible. No se trata de una elite privilegiada, sino de una elite que debe aceptar el prestar servicio a nuestros conciudadanos.

Un llamado, una interpelación, una provocación a todos nosotros encierra este párrafo de un importante pensador latinoamericano, Pablo González Casanova²⁹:

Aclaremos de una vez por todas que nosotros queremos una libertad y una democracia de las que el imperialismo es su principal enemigo aunque quiera nuevamente jugar con los equívocos para decir que lucha por lo mismo que nosotros ¡Mentira! Nosotros queremos una democracia en que el pueblo gobierne y en que los gobernantes le sirvan al pueblo, gobiernen con el pueblo y se reintegren al pueblo cuando termine su mandato. Nosotros queremos una democracia en que se creen espacios de diálogo, debate y consenso a lo largo y lo ancho de toda la nación, con respeto a las distintas religiones, ideologías, culturas, razas, sexos, edades. Nosotros queremos una libertad de pensar, de estudiar, de decidir, en la que deje de estar sujeta al hambre y la miseria la inmensa mayoría de la población humana en beneficio de 200 multimillonarios que juntos tienen el ingreso nacional de Alemania y por separado el de muchos países del sur del mundo.

Palabras que pueden provocar un acuerdo de muchos, pero que exigen, sin que esto sea consciente en muchos, que deben empujarnos a pensar sobre este tipo de verdades que requieren ser acompañadas con el compromiso a repensarlas y discernir las conductas personales que ella nos está requiriendo.

²⁹ Destacado sociólogo y crítico mexicano condecorado por la Unesco, en 2003, con el Premio Internacional *José Martí* por su defensa de la identidad de los pueblos indígenas de América Latina.

El riesgo que afronta la tarea educativa

Existe una suerte de aristocracia consciente que se resiste a los cambios y las mudanzas de la historia, pero, si se analiza el fenómeno en más detalle, se podrá observar que es un universo realmente reducido si se lo compara con los miles de millones de personas que nos movemos en este mundo.

Jorge Bolívar – filósofo y ensayista

Propongo ahora la lectura y reflexión sobre la famosa *Alegoría de la Caverna* que escribió Platón³⁰ (428-347 a. C.) hace más de veinticinco siglos, que ha sido sometida a muchísimas interpretaciones, de las cuales vamos a pensar una de ellas. Comencemos por una síntesis de la *Alegoría*:

Ciertos hombres encerrados y encadenados en una caverna estaban obligados por sus ataduras a contemplar sólo sombras de personas y objetos, proyectadas sobre la pared del fondo por una hoguera que ardía detrás de ellos. Por esa situación, tomaban las sombras, lo único que conocían, por la verdad de su realidad. Es decir, vivían en un mundo de sombras y apariencias. Uno de ellos logra desasirse de las cadenas y, ascendiendo, sale al exterior. Su primera sensación es de ceguera por el poder de la luz del Sol. Luego, cuando se acostumbra a tanta claridad, puede ver la *verdad*, que es lo que no está presente dentro de la caverna, y queda extasiado por ese esplendor. Decide entonces reingresar y compartir con sus compañeros la experiencia vivida e invitarlos a salir para liberarse del error. Sus compañeros lo tratan de loco y mentiroso y lo apalean. Platón ofrece un relato en el que propone pensar sobre los hombres, sus ideas, sus prejuicios, sus reacciones y, todo ello, en relación con la verdad.

Me parece iluminador de ideas encontrar en este relato una especie de profecía, un anticipo narrativo cinco siglos antes de la Pasión de Jesús de Nazaret. Esto no pretende significar más que ello, lo sorprendente de un mito que concuerda, desde cierta interpretación, con la historia del Maestro de la Palestina. De lo cual pueden extraerse algunas sabidurías respecto de la búsqueda de la *verdad*; de los riesgos que tiene el camino; de la reacción de ciertos hombres apegados a saberes anquilosados; del coraje que supone hablar de esa verdad ante ellos, pero de la necesidad de hacerlo para superar la situación de sometimiento; de la misión que debe asumirse, tarea histórica no siempre exitosa, ni reconocida y recompensada; del por qué siempre han sido pocos los precursores que iniciaron los caminos nuevos; de los desacompañados tiempos entre los primeros hombres y la comprensión de los demás que se expresa en la frase evangélica «Nadie fue profeta en su tierra».

En el Diálogo platónico, que sigue a la narración, aparecen opiniones contrapuestas: algunos afirman que los encadenados no pueden, ni quieren, salir de su situación por su incapacidad de aceptar una verdad que no es la que ellos viven, ante lo cual prefieren continuar en la contemplación de las sombras; otro no cree que el que se liberó pudo soportar el enceguecimiento y vuelve frustrado a la caverna; un tercero duda de que sea verdad su relato de lo que vio fuera, que resulta más bien una alucinación de una realidad inexistente.

Llegados a este punto, podemos preguntarnos: ¿Cuál es nuestra conclusión? ¿Qué comparaciones se pueden trazar entre el relato y otras realidades? ¿Qué actitud asumiríamos, si fuésemos el que se desató de

³⁰ Filósofo griego, de familia noble y aristocrática, alumno de Sócrates y maestro de Aristóteles.

las cadenas? ¿Qué reflexión nos merece la actitud de los encadenados y la situación en que se encuentran? ¿Qué relación se puede establecer con la problemática del conocimiento y sus posibilidades? ¿Qué significa que la salida de la caverna exige una ascensión y qué consecuencias tiene ello con la situación de los demás? ¿Qué intenta simbolizar Platón con una luz que produce la hoguera, y la luz brillante y potente del exterior? Si los hombres encadenados tienen un tipo de conocimiento en las sombras y aparece otro tipo de conocimiento de la luz brillante, ¿se puede pensar la existencia de diferentes tipos de conocimiento?; Cómo caracterizarlos y cómo valorizarlos?

Platón describe este relato en el libro *La República*, en el que le dedica una parte importante a la necesidad de educar al hombre de la polis. Por ello, piensa en el diseño de un programa de estudio en el que se pueda ir avanzando desde formas de conocimientos simples, inmediatos, lineales, hasta modos que aborden problemas que puedan reflexionarse con intención de avanzar hacia asuntos más abarcadores y complejos como la política, la filosofía, la teología. La Dra. María Angélica Fierro³¹, especialista en Platón, nos aporta una interpretación acerca de lo que se propone el filósofo ateniense respecto de la educación del ciudadano:

A primera vista pareciera ser que lo que intenta Sócrates, como cualquier sofista, es contradecir a su interlocutor. Pero la contradicción a la que lo quiere conducir no es sobre cualquier tema, ni es simplemente para tomarle el pelo (aunque hay un poco de eso también), sino para desestabilizarlo en alguna cuestión fundamental de su existencia. Esa refutación le hace dar cuenta al interlocutor de que en realidad no sabe de aquello de lo que está convencido saber. Es un interrogatorio que está dirigido a cuestionar los principios.

Platón, que se expresa a través de lo que le hace decir a su maestro Sócrates, en cuya obra se convierte en personaje, pertenecía a la aristocracia ateniense, la que tenía la posibilidad del *ocio* para tomarse tiempo para pensar. Es necesario decir que, si bien la aristocracia terrateniente era la clase dominante y por ello no necesitaba trabajar con sus manos, Platón utilizaba la palabra “aristocracia”, lo mismo que su discípulo Aristóteles, en el sentido de su etimología griega (aristos = ‘los mejores’): ser los mejores, no por tener más riquezas, sino por dedicarse a formarse y pensar aprovechando esa posibilidad. Para que el ciudadano ateniense estuviera a la altura de la exigencia política de la ciudad, debía formarse del mejor modo, por ello su preocupación pedagógica. No todos los terratenientes se dedicaban a la filosofía, eran unos pocos, y el filósofo pensaba precisamente en ellos, que, por dedicarse a la filosofía estaban en mejores condiciones de debatir en el *ágora* (la plaza pública) sobre los asuntos de la ciudad (la política).

Podemos trasladar a nuestro tiempo este debate sobre la necesidad de leer, estudiar, formarse, reflexionar, como camino educativo para acceder a pensar los grandes problemas de la vida (personal y colectiva) de nuestro tiempo, proponiendo una serie de temas a debatir para mejorar la vida ciudadana. Este debate y los temas necesarios están excluidos del *ágora actual*, en que se han convertido los medios de comunicación, fundamentalmente la televisión, en los que se banaliza el debate reducido a *chimenterío* político y social, digno de algún conventillo. Ante ello, Platón recomendaría la obligación moral de todos los ciudadanos para que asuman con responsabilidad el deber de educarse lo mejor posible, conforme a su capacidad para el bien de la polis. Un bien que consiste en ser dirigida recta, honesta e inteligentemente, es decir, conforme al deseo y la voluntad de todos utilizando la razón.

³¹ Doctora en filosofía, profesora de Filosofía Antigua, Universidad de Buenos Aires, e investigadora del Conicet.

El poder de la verdad y la verdad del poder

Pensar desde sí, para ser uno mismo, es liberarse. Despojarse de lo ajeno, deseducarse. El pensamiento ajeno, cuando uno no es libre, no ayuda, ocupa—desalojándola— nuestra posibilidad de pensar lo nuestro desde nosotros mismos.

Gustavo F. J. Cirigliano.

Retomemos las enseñanzas de Platón para seguir avanzando en nuestra investigación.

En tiempos como el actual, en el que campea un escepticismo posmoderno larvado o manifiesto sobre el conocimiento de la verdad, el filósofo ateniense abre un camino para resolver el problema. En el lenguaje que su época le posibilitaba, propone la existencia de dos mundos, con lo cual da comienzo a una vieja tradición occidental que parte de la dualidad: un mundo *material* y otro *ideal*. Sin profundizar en este tema, que prolongaría en demasía el presente texto, podríamos partir de la aceptación de que hay cosas que son y otras que parecen ser; unas se presentan tal como son (aunque esto exija un camino difícil para acceder a ellas) y otras se nos presentan en su apariencia, si nos conformamos con lo que muestran a primera vista. Es el problema del *ser* y el *parecer* o el *aparentar ser*. Afirma que el *verdadero conocimiento*, expresado en términos de hoy, es el que se alcanza cuando se des-cubre, se quita lo que lo cubre. La falsedad o la mentira aparece encubriendo lo que queda oculto: la verdad. Por lo que el acceso a ella nos impone una tarea de des-ocultamiento.

Hay en Platón una idea de que el conocimiento de la verdad es innato. Si bien esto no es aceptable hoy por los avances de la psicología, de todos modos es útil seguir interrogándolo desde nuestra experiencia cultural del siglo XXI para repensar qué se entiende por educar.

Aparece en la *Alegoría* la figura de Sócrates, quien practicaba la técnica del preguntar y el repreguntar, sucesivamente, para lograr que sus interlocutores pudieran erradicar sus prejuicios y errores. Esta tarea educativa de descubrir lo falso de un saber sin fundamentos abriría el camino de la verdad que quedaba oculta. A ésta denomina *Mayéutica*, que no es otra cosa que ayudar a encontrar la luz, luz que despeja las tinieblas de la ignorancia³².

Por todo ello, se puede comprender por qué para Platón aprender es sólo un recordar lo que siempre se supo, aunque estuviera oculto en nuestra conciencia. Esta idea podemos interpretarla como una tendencia humana a buscar siempre la verdad. Entonces, educar (del latín *educere*, que significa conducir, sacar, permitir que emerja y florezca) es enseñar a pensar fundamentalmente, tarea en la que el docente debe guiar el camino iluminando los escollos de acceso a la verdad. De allí, el filósofo y pedagogo alemán Eduard Spranger (1882-1963) sostuvo que la «educación es la voluntad despertada por el amor generoso en el alma de otro, de desenvolver desde dentro su total receptividad para los valores y su total capacidad formadora de valores»; y Leo Buscaglia dijo que «el maestro ideal es aquel que se pone en el papel de un puente por el cual invita a sus alumnos a cruzar, y que, luego de haberlos ayudado en el cruce, aquel se desploma con alegría, alentándolos a crear sus propios puentes».

Si, siguiendo a Platón, el aprender es un recordar, el olvido es un modo de la ignorancia, y la memoria de lo pasado es una recuperación de verdades que se fueron ocultando con el tiempo. Es muy significativo que la palabra “verdad” se diga, en griego clásico, *alétheia* (compuesta por *létheia* que significa ‘olvido’, y

³² La palabra “Mayéutica” deriva del griego “mayeutikós”, que significa ‘perito en partos’, hoy ‘partero o partera’. El acto mayéutico es “creativo”, “iluminador”, “alumbrador”, etc.

el prefijo *a* que marca una negación). Tenemos así, entonces, la afirmación de que la verdad es un *dejar de olvidar*.

La potente luz con que el ateniense simboliza la verdad en la *Alegoría* convierte a ésta en un faro que despeja las sombras. Aquella luz que los encadenados dentro de la caverna no alcanzan a ver los condena a las tinieblas de la falsedad y la mentira. Los componentes de la verdad son la luz y la memoria dentro de esta doctrina platónica.

La otra figura muy significativa que aparece en el relato es que no alcanza con mirar hacia adelante, como hacen los encadenados, ya que ellos no miran hacia atrás donde está la luz potente. Ese “atrás” habla del pasado necesario para que el futuro no quede despojado de la sabiduría que la memoria puede y debe rescatar. Esa forma de olvidar condena al error de las meras apariencias. La razón indagadora es la luz potente que abre el camino hacia el futuro. Es posible encontrar la verdad cuando se combinan inteligentemente todos estos elementos del pensar. Hemos percibido, de ese modo, el *poder de la verdad*.

Desde nuestro siglo, atravesado por la información de los medios masivos, tenemos que estar advertidos sobre los *encubrimientos de la verdad*. Una polémica que se acentuó en el periodismo de posguerra (1945) colocó sobre la mesa el tema de la objetividad de la información (la objetividad como garantía de la verdad). El profesor Pablo Bilsky³³ dice al respecto que, pese a ello: «El debate es tan viejo como el lenguaje humano. Para algunos, la objetividad existe y es algo así como la coincidencia entre *la realidad* y su *representación a través de la palabra*. Para otros no existe, porque el que habla o escribe es un sujeto histórico, y lo que expresa es apenas su visión desde su particular lugar en el mundo. En medio de esta antigua discusión, ahora se plantea que la búsqueda de la presunta objetividad es, además, uno de los factores que está matando al periodismo».

La importancia del tema, para este trabajo, radica en cómo se le presenta la información al lector y cómo éste recibe, acepta y re-trasmite en su comunicación coloquial los datos que ha recibido. Hay una especie de confirmación de autoridad cuando se dice “lo leí en..., lo escuché en... (algún medio)”. La novedad de ese modo de presentar la información es que aparece sostenida por el dato. La conciencia colectiva, fuertemente condicionada por el prestigio de la ciencia moderna, convirtió el *dato* en un elemento que no admite duda.

Veamos qué es el dato (más aún, cuando se lo enuncia como “un dato de la realidad”) y la función que cumple en el caudal informativo. Y la importancia es mayor, todavía, cuando la cultura mediática ha homologado ser culto, ser una persona de lectura, con estar informado. La información es colocada en un mismo nivel de importancia y de criterio de verdad. Debemos aclarar qué se entiende por estar “informado”: *es un modo del tener algunas ideas sobre algo o alguien*.

La información se alimenta de datos, pero éstos, por sí mismos, no generan ideas. Dice Theodore Roszak³⁴: «la mente piensa con ideas y no con información». Las ideas son las que van a posibilitar a la mente el ordenamiento de los datos de la información y a requerir otros. Son las ideas las que generan la información y no al contrario. Las cantidades de datos, cifras, fechas, índices, no dicen nada por sí mismos, sólo adquieren sentido en el cuadro de ideas en el que se inscriben. Los datos se convierten en tales, cuando la mente, en su búsqueda, los selecciona y los recorta del *todo de la realidad*. Esto da vuelta el planteo usual del análisis de la información. No es el dato el que conforma una mente preparada para funcionar

³³ Profesor de la cátedra de Literatura Española, Universidad Nacional de Rosario.

³⁴ Doctor en Filosofía (Princeton, 1958). Profesor emérito de Historia en las universidades de Stanford, de British Columbia, de San Francisco y en el *Schumacher College* en Inglaterra.

sólo con ellos, ni es la información en tanto tal la que lo logra. Es la totalidad de la mente la que está preparada para utilizar el dato escogido y convertirlo en información.

La profesora Marita Mata³⁵ enriquece el debate al sostener que el concepto de “información” está alimentado por el concepto complementario de “dato”. Al respecto, se interna en consideraciones sobre estos dos conceptos, al afirmar que el *concepto dato* es anterior al *concepto información*, tal como los medios lo utilizan, y fue tradicionalmente parte del pensamiento científico. El avance de la estructura intelectual del pensamiento científico se sostuvo sobre la obtención de nuevos *datos*. En este sentido, entonces, lo destacable es que el *dato*, dentro de ese tipo de pensamiento, nunca alcanzó *estatus* independiente, ni adquirió valor por sí mismo. Y aquí reside la diferencia con la estructura mental que los medios proponen en sus informaciones: en lo que podemos nombrar como el *pensamiento periodístico*, el valor más destacado es la obtención y posesión del *dato*, y el carácter de “exclusivo” potencia muchísimo ese valor. Sin embargo, y en esto radica el peligro de esta nueva modalidad que se pretende *conocimiento*, la autonomía del *dato* genera la ilusión de que él es *conocimiento en sí mismo*.

El filósofo Friedrich Nietzsche³⁶ (1844-1900) aseguró que “no hay hechos sino interpretaciones” señalando un modo de entender los hechos como resultado de un sujeto que los reconstruye en su conciencia con los datos que ha elegido en su recorte, una selección de ellos a partir de una valoración y una interpretación posterior del cuadro elaborado. Vinculó el concepto de verdad con el poder: «Es verdad aquello de que el que tiene más poder dice que es verdad», afirmó el pensador alemán. Remite a la aristocracia griega, cuando decía «nosotros, los veraces» para definirse a sí misma y dejar claro que de ellos emanaba la verdad.

Esto debe ser relacionado con lo señalado más arriba por Roszak. De aquí, entonces, que el *concepto información* pasa a formar parte del concepto *sujeto informado* y, dentro de esta expresión, se produce el camuflaje de que estar informado equivale a *tener conocimiento*. A su vez, se produce un trastrocamiento de peligrosas consecuencias. Si aceptamos que la obtención de conocimiento es un proceso que exige *esfuerzo, tiempo y capacidad de reflexión*, nos encontramos, repentinamente, ante el ofrecimiento de un nuevo *modo de conocimiento* que se ofrece a través de los medios como *instantáneo* (no exige esperar, se lo obtiene rápidamente), *inmediato en el espacio* (las distancias se desvanecen), para el cual no se requiere realizar ningún tipo de esfuerzo (*Google* lo proporciona). Su sola recepción logra transformar al *sujeto ignorante* en *sujeto informado*.

Deben advertirse aquí las consecuencias nefastas que también se hacen sentir en el proceso educativo. Entonces, ese tipo de información que parte de la obtención de *datos recortados de la realidad* se presenta como conocimiento objetivo, e ingresa en el caudal informativo que comienza a circular como *verdades* en el *saber del público mediatizado*. La ironía del profesor Umberto Eco nos arranca una sonrisa que, a su vez, ilumina el problema. Cuenta que «...había tenido lugar una amplia polémica sobre la objetividad, y muchos de nosotros sosteníamos que (con excepción de los boletines de las precipitaciones atmosféricas) no existe jamás una noticia verdaderamente objetiva. Aun separando cuidadosamente comentario y noticia, la misma elección de la noticia y su compaginación constituyen un elemento de juicio implícito»³⁷.

³⁵ Doctora e investigadora de medios de comunicación y profesora de la Universidad de Córdoba. Dirige la Escuela de Ciencias de la Información, la Maestría en Comunicación y Cultura Contemporánea y el Programa de Estudios sobre Comunicación y Ciudadanía del CEA (Centro de Estudios Avanzados).

³⁶ Filósofo, poeta, músico y filólogo alemán, considerado uno de los pensadores modernos más influyentes del siglo XIX.

³⁷ Para un análisis más detallado de estos temas puede consultarse *Sociedad, política y medios* I, II y III publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2.

Este juego de los datos o hechos que se presentan ante el pensamiento y la verdad aparece en la novela *Escándalo en Bohemia*, de Arthur Conan Doyle³⁸ (1859-1930), cuando el detective Sherlock Holmes le dice a su amigo, el doctor Watson: «Es un error capital teorizar antes de tener datos. Sin darse cuenta, uno empieza a deformar los hechos para que se ajusten a las teorías, en lugar de ajustar las teorías a los hechos».

Entonces, cómo distinguir lo verdadero de lo falso, o de lo planteado de modo arbitrario. Este es también un muy viejo problema, que no ha encontrado una respuesta satisfactoria. Se puede alegar: pero ¿cómo, la ciencia no logra afirmaciones verdaderas en sus investigaciones? Esta pregunta remite a la existencia de, por lo menos, dos tipos de verdades: 1. Las que son el resultado de las mediciones matemáticas y las verificaciones empíricas corresponden al orden de la naturaleza físico-química, en la cual el tiempo y el espacio no producen modificaciones relevantes o, en tal caso, están expuestas y definidas en la teoría; 2. Las que se elaboran en el ámbito del mundo humano, en cuyo caso se presentan algunas dificultades para proceder con los mismos métodos: los hechos sociales varían en el tiempo y en el espacio en el que se originen; la historia, la cultura, las personas, etcétera, no permanecen inalterables; cambian, según dónde se encuentren y en qué tiempo hayan nacido.

La homologación de estos dos tipos de saberes ha producido múltiples problemas y debates infinitos. Las diferencias en las características entre el objeto de estudio físico y el objeto de estudio social han estado en el medio de ese debate. Los siglos XVIII y XIX, testigos de los impresionantes logros de las ciencias naturales, otorgaron a éstas un prestigio superlativo. Por ello se hicieron muchos esfuerzos para imponer, al estudio de la sociedad, los métodos de las ciencias exactas, con resultados muy pobres. Esto precipitó en una crisis del saber de las ciencias sociales del cual no ha salido aún.

El mundo de la información mediática se mueve precisamente en ese ámbito, y había trasladado el concepto de saber objetivo de un campo a otro, violentando las diferencias insalvables. Además, en este segundo campo es donde se evidenció la presencia del poder (político, económico, financiero etc.) al condicionar la comunicación de las verdades posibles. Esto ya lo había advertido Karl Marx³⁹ (1818-1883) cuando sostuvo: «Las ideas dominantes de una época son las ideas de la clase dominante», denunciando entonces el peso del poder sobre las ideas reinantes de cada época. Esta influencia se hace sentir en muchos ámbitos de la actividad humana, forma conceptos, los impone, construye con ellos marcos de ideas que colorean la percepción. La vieja sabiduría dice: «En este mundo traidor/ nada es verdad ni es mentira/ todo es según el color/ del cristal con que se mira».

La famosa obra del siglo XIX, de Lewis Carroll, *Alicia a través del espejo*, contiene un diálogo entre Alicia y Humpty Dumpty, en el que se dice: «La cuestión —insistió Alicia— es si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes. —La cuestión— contestó Humpty Dumpty— es saber quién es el que manda..., eso es todo».

El profesor Rubén Dri⁴⁰ sostiene que el problema del conocimiento en el mundo social ha llegado a un punto en el que se puede decir: «En todo caso, lo que se ha logrado es ubicarlo, ponerlo en el contexto en que sea inteligible. Si “las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes de cada época”, ello no se

³⁸ Escritor británico, célebre por la creación del personaje de Sherlock Holmes, el detective de ficción más famoso del mundo.

³⁹ Intelectual, filósofo, economista y militante comunista alemán. En su vasta e influyente obra, incursionó en los campos de la filosofía, la historia, la sociología y la economía. Junto a Friedrich Engels, es el padre del socialismo científico, del comunismo moderno y del marxismo.

⁴⁰ Filósofo y teólogo argentino, profesor e investigador en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

debe simplemente a una imposición establecida desde arriba por la fuerza o por la educación mediante el control de los órganos de difusión ideológica, sino también a la misma estructuración social». La profesora Verónica B. García Viale⁴¹ avanza en este tema al afirmar:

Asociar el ejercicio del poder y el uso de la verdad fue tan relevante, que hablar francamente tomó la forma de una especial actividad denominada “parresia”. De ese modo, los antiguos se preguntaron insistentemente por los efectos benéficos que esa disposición a decir la verdad ejercía tanto sobre la sociedad como sobre la experiencia individual. La parresia tiene lugar cuando un sujeto que toma la palabra, hace inteligible su pensamiento a sus enunciatarios, haciéndoles expresamente manifiesto que su discurso equivale a su singular parecer. El parresiasta es el enunciatario que adopta la parresia porque quiere dar valor a su palabra y cuidar a su audiencia, al dirigirse hacia ella con suma sinceridad. No hay acción más valiente que la suya, porque su objetivo no es el quórum, toma la dirección contraria del juicio de la mayoría. El discurso del parresiasta es franco porque desafía a la autoridad de su audiencia, es decir, porque es un reto dirigido a un enunciatario que tiene más poder que quien habla.

Es la necesidad de expresarse en su verdad —a pesar del poder ejercido de ocultamiento, deformación, tergiversación, fraccionamiento, etcétera, del mensaje— lo que en la antigüedad griega se denominó parresia. Un caso destacable es el de Sócrates ante el jurado que lo va a condenar. Su estilo comunicativo es de muy poco en uso hoy, cuando se prefiere la argumentación enrevesada que encubre la verdad de esa realidad.

Después del terrible fenómeno del holocausto judío, Theodor Adorno⁴² (1903-1969) promovió la crítica como el ejercicio para recuperar la razón, ante la disolución de la verdad en mero pragmatismo que tendió a homogeneizar toda diferencia significativa. Propuso la búsqueda «de un pensar que interrogativamente calara hondo en las profundidades de la cultura». Los síntomas más evidentes de la crisis de la herencia de la Revolución francesa son la necesidad del consenso sobre los valores, que terminó con la abolición de todos ellos vinculados a la defensa del hombre. También condujo a la confirmación escéptica de «la inmejorabilidad de la naturaleza humana». La clase dominante, totalmente pendiente del beneficio económico más inmediato, rechaza las inquietudes que requieran un nivel de pensamiento comprometedor.

Sin embargo, la crisis sobre la validez moral abrió un camino hacia la crítica de los valores imperantes y la necesidad de construir otros más apegados a lo justo, lo real, lo equitativo, lo inclusivo. El Dr. Luis Villoro⁴³ anota: «la moralidad social constituye sólo un primer nivel, pre-crítico, de la ética. La ética crítica empieza cuando el sujeto se distancia de las formas de moralidad existentes y se pregunta por la validez de sus reglas y comportamientos. Puede percatarse de que la moralidad social no cumple las virtudes que proclama». Es entonces cuando el pensamiento crítico profundiza en el camino de la verdad.

⁴¹ Licenciada en Ciencias de la Comunicación Social, docente, investigadora y estudiante de posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

⁴² Filósofo alemán que escribió sobre sociología, psicología y musicología. Se lo considera uno de los máximos representantes de la Escuela de Frankfurt y de la teoría crítica.

⁴³ Pensador mexicano, doctorado en filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (México), de la cual es profesor y uno de los intelectuales más destacados de su país.

La sabiduría y sus enseñanzas

El hombre sólo se realiza humanamente si ejercita cuatro miradas: hacia fuera (mundo) y hacia arriba (trascendencia), hacia dentro (interioridad) y hacia adelante (futuro absoluto). Estos cuatro movimientos no son de dirección local sino de ejercitación personal. Por ello se implican.

Olegario González de Cardedal

Ya habíamos pensado el aporte de la etimología para profundizar el significado de las palabras. Habíamos revisado el origen del vocablo *saber*, su relación con *sabor*, y es aquí que debemos reparar en una forma de conocimiento, poco valorado en la cultura occidental moderna: la *sabiduría*. El latín nos ofrece el término *sapientia*, que deriva del mismo origen, *sapere*, que nos habla de percibir el *sabor* del *saber*, un *saber* que se puede *saborear*; un tipo de conocimiento alejado de la precisión del que maneja la ciencia natural, que se va formando en el tiempo de los pueblos, su historia cultural. Podemos aventurarnos a afirmar que:

La sabiduría es el juicio sano basado en conocimiento y entendimiento, que abre la posibilidad de la comprensión; es la aptitud de valerse con éxito de ese conocimiento y ese entendimiento para resolver problemas de la existencia humana, con la atención despierta en evitar o impedir peligros, para alcanzar ciertas metas o aconsejar a otros a hacer lo mismo.

La sabiduría es una habilidad que se desarrolla con la aplicación de la inteligencia madura a la experiencia, obteniendo conclusiones que expanden la capacidad de comprender, y que a su vez capacita para reflexionar, logrando aprendizajes que nos dan discernimiento de la verdad, lo bueno y lo malo. Algunas veces se toma el concepto de sabiduría como una forma especialmente bien desarrollada de sentido común⁴⁴. Olegario González de Cardedal⁴⁵ nos ofrece esta reflexión que nos coloca en el umbral de la sabiduría madura:

El día en que entre aturdimiento y lucidez el hombre se percató de que nunca más volverá a pasar por una calle acostumbrada, de que quizá ya no visite más un país con el que se siente ligado afectivamente, de que en su biblioteca hay un libro que ya nunca leerá, ese día ha comenzado la maduración, el serenamiento radical de la vida, aquel envejecer que es sinónimo de afincamiento personal y no sólo de decaimiento físico.

Habla de un saber que sólo otorga el haber vivido, vivido profunda y comprometidamente con lo más denso de lo humano. Es muy interesante detenerse a pensar cómo se emparenta este pensamiento con el sentido de la palabra *sabedor*, casi fuera de uso en la lengua castellana, rescatada por Atahualpa Yupanqui en *El payador perseguido*, cuando dice: «Mi tata era sabedor/ por lo mucho que ha rodado./ Y después que había cantado/ destemplaba cuarta y prima,/ y le echaba un poncho encima/ "pa que no hable demasiao..."». Aquí nos encontramos con el *sabedor*, que no es un intelectual. Sabe por la experiencia de vida, es un saber acumulado a través de los caminos del tiempo y tamizados por la comprensión madura de una inteligencia que desprecia los datos y se expresa en sentencias y cuentos de la tradición. Afirma un refrán español que «El diablo sabe por diablo, pero más sabe por viejo». Pero el ser *viejo* no garantiza por sí experiencia ni

⁴⁴ Para un análisis más abarcador de este tema puede consultarse *Vox pópuli ¿vox Dei?*, publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2.

⁴⁵ Sacerdote y teólogo español, se doctoró en las universidades de Munich y Oxford. Miembro académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y profesor de la Universidad Complutense de Madrid.

madurez, puesto que la acumulación de años no es sinónimo de sabiduría. Napoleón Bonaparte⁴⁶ (1769-1821) parece compartir este concepto. Sostuvo ante sus generales que le proponían el ascenso de un militar cuyos méritos eran haber hecho una larga campaña: «El Mariscal de Sajonia tuvo una mula que lo acompañó en más de diez campañas; sin embargo, la pobre mula no aprendió nunca nada de estrategia».

En otro sentido de su significado, Tomás de Aquino⁴⁷ (1224-1274) define la sabiduría como «el conocimiento cierto de las causas más profundas de todo». Por eso, para él, la sabiduría tiene como función propia ordenar y juzgar todos los conocimientos. «La sabiduría toma sus referencias de lo que se denomina memoria a largo plazo. En otras palabras, lo vivido ha de haberse experimentado con suficiente frecuencia o intensidad como para que no se borre de nuestro recuerdo, se inserte en los esquemas de lo que consideramos bueno o malo y se tome en cuenta como parte de los procesos de supervivencia de la persona».

Se puede afirmar, entonces, que el *criterio* está en la base del conocimiento experiencial. Pero no es difícil apreciar que el *criterio* es uno de los objetivos menos buscados dentro del sistema educativo. Sin embargo, en el camino que nos hemos propuesto transitar, aparece, como meta, el encuentro con la verdad, si fuera posible. Y es la *Real Academia Española* la que nos dice que el *criterio* es: «Norma para conocer la verdad y juicio o discernimiento». Debemos preguntarnos ¿por qué, entonces, no se educa la formación del criterio, ya que sería el criterio la “norma”? González de Cardedal nos vuelve a orientar:

Hay un conocimiento de nuestra propia realidad, hay una aceptación de sí mismo, hay una gloria de ser hombre y tal hombre, que son las condiciones previas para toda transformación, progreso y sanidad personal [...] Afirmarse a sí mismo en el presente es justamente lo contrario de quien se sumerge en el instante, se identifica con la acción o se disuelve en las sensaciones que el placer multiforme le ofrece. El verdadero amor es conciencia y es distancia, es afirmación de sí frente a las cosas y es superioridad sobre cada cosa, minuto o encuentro. Y nos queda el tercer tiempo del hombre: el futuro de la esperanza.

La sabiduría frente al mundo de la técnica

Desde una perspectiva que parte de asumir las dificultades de la vida moderna, Martín Heidegger⁴⁸ (1889-1976) expuso, en una conferencia de 1955, un modo de vivir sabiamente en medio de la cantidad de artefactos técnicos que ofrece el mundo de hoy. Los problemas y peligros que encierra este mundo exigen acercarnos a un tipo de sabiduría que enfrente todo ello:

⁴⁶ Militar y gobernante francés, general republicano durante la Revolución y el Directorio, se convirtió en Primer Cónsul de la República el 11-11-1799, y fue proclamado Emperador de los franceses en 1802.

⁴⁷ Pensador, teólogo y filósofo italiano, católico perteneciente a la Orden de Predicadores, es el principal representante de la tradición escolástica y fundador de la escuela tomista de teología y filosofía. Es conocido también como Doctor Angélico.

⁴⁸ Filósofo alemán. Estudió Ciencias Naturales y Filosofía en la Universidad de Friburgo de Brisgovia. Luego, asistente de Edmund Husserl, el fundador de la fenomenología. Comenzó su actividad docente en Friburgo en 1915, para luego enseñar durante un período (1923-1928) en Marburgo. Retornó a Friburgo ese último año, ya como profesor de Filosofía. Es una de las figuras protagónicas de la filosofía contemporánea: influyó en toda la filosofía del existencialismo del siglo XX.

¿Cuáles serían el suelo y el fundamento para un arraigo venidero? Lo que buscamos con esta pregunta tal vez se halla muy próximo; tan próximo que lo más fácil es no advertirlo. Porque para nosotros, los hombres, el camino a lo próximo es siempre el más lejano y por ello el más arduo. Este camino es el camino de la reflexión. Podemos decir “sí” al inevitable uso de los objetos técnicos y podemos decirles “no” en la medida en que rehusamos que nos requieran de modo tan exclusivo, que dobleguen, confundan y, finalmente, devasten nuestra esencia. Nuestra relación con el mundo técnico se hace maravillosamente simple y apacible. Quisiera denominar esta actitud que dice simultáneamente “sí” y “no” al mundo técnico con una antigua palabra: la *Serenidad para con las cosas* [...] Lo que así se muestra y al mismo tiempo se retira es el rasgo fundamental de lo que denominamos *misterio*. Denomino la actitud por la que nos mantenemos abiertos al sentido oculto del mundo técnico la *apertura al misterio*. La *Serenidad para con las cosas* y la *apertura al misterio* nos hace posible residir en el mundo de un modo muy distinto. Nos prometen un nuevo suelo y fundamento sobre los que mantenernos y subsistir, estando en el mundo técnico pero al abrigo de la amenaza [...] nos abren la perspectiva hacia un nuevo arraigo.

Si bien no es sencilla la lectura de Heidegger, el esfuerzo que requiere nos obliga a profundizar nuestro entendimiento para acercarnos a uno de los temas que más preocupa a los hombres de este tiempo: el tiempo del desarraigo y la soledad. Nos sentimos nómades y extranjeros en nuestra propia tierra y ello nos angustia y nos desorienta. Nuestra extraña situación espiritual de habernos formado en un mundo más cercano al tradicional, de tiempos humanos medidos y manejables sin ritmos estresantes; de relaciones sociales amplias y abiertas, cercanas y sinceras, de fuerte relación con nuestro entorno (pueblo, barrio, ciudad) que nos ha marcado con un sello de pertenencia que configura nuestra identidad; todo ello nos descoloca frente a una globalización extraña y forzada, ante una tabla de valores medida en bienes de consumo.

Este tipo de vida nos obliga a desdoblarnos espiritualmente, para vivir una vida del trabajo y la producción que, por lo general, no nos satisface y en la que debemos intentar ser lo que se dice que debemos ser, repleta de cosas superfluas pero imprescindibles para ese mundo; y otra, la de los pequeños y habituales encuentros familiares y con amistades y compañeros, en la que podemos reencontrarnos con aquello más profundo que somos, por lo que hemos sido y queremos ser. Ese desdoblamiento diario que, por cotidiano se nos va desdibujando hasta desaparecer por momentos de nuestra conciencia, termina cobrándonos un caro precio de vida. Ciertos pequeños o grandes malestares, inexplicables para nosotros, que la medicina no diagnostica pero padecemos muchas veces en silencio, encuentran explicación en esa impostura obligada que representa ese precio pagado de ese modo.

Ahora volvemos a introducir a Heidegger en nuestras reflexiones y, tal vez, se torne necesario releer el párrafo citado. De esta manera, es posible que las dos recomendaciones de vida —la serenidad y la apertura— adquieran una mayor profundidad y que reverbere en nuestra mente ofreciendo diferentes ecos que, siendo siempre el resultado de una misma música, nuestros oídos la perciban con matices diversos. «Porque para nosotros, los hombres, el camino a lo próximo es siempre el más lejano y por ello el más arduo. Este camino es el camino de la reflexión». Una reflexión que nos coloque en esa ambigua situación de pensar siendo nosotros mismos el objeto de ese pensamiento, alejándonos de las ofertas del falso y superficial egocentrismo, para abrirnos a un diálogo profundo y sincero de reencuentro con aquello sanmartiniano «lo que debemos ser».

La cultura moderna que ha hecho de la velocidad del *tiempo vital* un mérito; de la *novedad*, un valor; de la *tecnología científica*, el saber más valorado, ha dejado muy poco espacio para la existencia del *hombre sabio*. No es que no los haya, es que no se los reconoce y no se los valora. Si uno de los requisitos es una larga vida, conducida por los valores fundamentales, una coherencia entre cómo se piensa y cómo se vive («Quien no vive como piensa, termina pensando como vive»), su vejez lo descalifica para la apreciación que se pueda hacer de su saber por parte de los valores imperantes. La combinación de la técnica de punta con la producción de mercancías generó el hábito de esperar, en el futuro inmediato, siempre algo mejor que lo existente, el imperio de la cosa material. El saber de la sabiduría no luce dentro de esa manera de apreciar los saberes. El concepto de obsolescencia⁴⁹ que se originó en el ámbito del mercado ha invadido el mundo del saber, convirtiendo todo aquello que no tenga una aplicación comercial en saberes improductivos.

Está bastante difundido que el reconocimiento del hombre sabio se conserva en las culturas orientales. Busquemos allí qué dicen al respecto. Para aproximarnos a esas culturas, podemos leer a Lao-Tsé (en chino: “Viejo Maestro”) uno de los filósofos más relevantes de la civilización china. Es una figura cuya existencia histórica no está precisada. Se lo ubica alrededor del siglo VI a. C y se le atribuye el texto conocido como *Tao Te King*. *Tao* se puede traducir como el *camino*, la *vía*, el *método*, la *dirección* o el *curso principal*. En él se puede leer:

El sabio se mantiene alejado de la rivalidad, de la codicia y de la confusión producida por los deseos. El sabio es feliz al vivir, es bondadoso y armoniza con todos, es sincero al hablar, equilibrado y recto en el trabajo y en la vida. Cuando acaba su obra, se retira oportunamente, su respiración es fresca como la de un niño, y busca siempre beneficiar a los hombres. El sabio es difícil de comprender, es cauteloso como quien atraviesa un río en invierno, prudente como quien tiene enemigos, reservado como el huésped de una casa, sencillo como la madera, tranquilo como un valle y profundo como las aguas de un lago. El sabio posee poco porque se ha olvidado de las cosas, su presencia es modelo para todos los hombres. No se muestra, por eso resplandece, no se vanagloria, por eso sobresale, no se exalta, por eso merece elogio, es humilde y se mantiene íntegro. Permanece independiente, aunque viva rodeado de gloria y esplendor nunca pierde la paz.

Esta descripción nos alerta de lo lejos que está la cultura occidental moderna de promover, reconocer, admirar, estudiar, imitar este modo de vida, coherente con ese modo de pensar. Nuestra literatura latinoamericana ha propuesto personajes que se le aproximan, pero ellos no pertenecen a la vida urbana. Pareciera que la construcción de las grandes ciudades ha expulsado a hombres así. Sin embargo, ello no debería ser un obstáculo para ponerlos frente a nosotros como un ejemplo de vida y pensamiento a estudiar y seguir, dentro de los límites de nuestra cultura moderna. Un filósofo un poco olvidado, Walter Benjamin⁵⁰ (1892-1940) propone un camino intermedio:

Se sabe que las auténticas exigencias de la ética, la sinceridad, la humildad, el amor al prójimo, la compasión y muchas otras quedan relegadas a un segundo plano en la lucha cotidiana de intereses. De ahí que resulte tanto más sorprendente que se haya reflexionado tan pocas veces acerca de la mediación que el hombre buscó y encontró a ese conflicto hace milenios. Es la cortesía el verdadero

⁴⁹ La obsolescencia es la caída en desuso de máquinas, equipos y tecnologías motivada no por su mal funcionamiento, sino por un insuficiente desempeño de sus funciones, en comparación con las nuevas máquinas, equipos y tecnologías introducidos en el mercado. La obsolescencia puede deberse a diferentes causas, aunque todas ellas con un trasfondo puramente económico.

⁵⁰ Filósofo y crítico literario alemán de tendencia marxista. Estrecho colaborador de la *Escuela de Frankfurt*, a la que, sin embargo, nunca estuvo directamente asociado, adaptó su temprana vocación por el misticismo al materialismo histórico, al que se volcó en sus últimos años, aportando un sesgo único en la filosofía marxista.

punto medio, el resultado entre esos dos componentes contradictorios: la ética y la lucha por la existencia. La cortesía no es ni lo uno ni lo otro: ni exigencia moral ni arma en la lucha y, sin embargo, es ambas cosas.

Los caminos del conocimiento han tomado una dirección en los últimos cinco siglos de la cultura occidental que, como quedó dicho, fue muy fuertemente marcada por el peso del prestigio de las ciencias físico-químicas y por los adelantos impactantes de la tecnología. Otros tipos del saber se fueron dejando de lado y perdieron presencia. Tal vez nos encontremos en un buen momento para volver a pensar todo ello.

Un alto en la huella

Hemos hecho un camino a través de los tiempos revisando los modos de entender qué es el conocimiento, según lo que algunas culturas han elaborado. El objetivo central ha sido buscar una preparación para comprender y enfrentar este tiempo que nos toca vivir signado por una profunda crisis⁵¹. Este es uno de esos tiempos (se puede pensar en la desarticulación del Imperio Romano de Occidente, el final de la Edad Media, como momentos parangonables) en los cuales se desmoronan las instituciones, los métodos conocidos, los valores culturales que sostienen el modo de vivir, porque ya no tienen respuestas para la transición, es decir, para ese otro tiempo que transcurre entre lo que va desapareciendo y lo nuevo que comienza a esbozarse. Por ello, lo más angustiante es que no contamos todavía con los nuevos *criterios* con los cuales distinguir los valores que deben ser reemplazados. Hoy puede repetirse, junto a Gilberto Santa Rosa, una verdad profunda: «Cuando aprendí todas las respuestas, me cambiaron todas las preguntas».

Son tiempos de mucha exigencia espiritual, aunque no lo parece, pero es el tiempo que nos ha tocado, y la sabiduría nos enseña a adaptarnos del mejor modo posible sin transigir con los valores fundamentales de nuestra tradición cultural. Tiempos en que, como ya sentenciaba Discépolo, a fines de la década del treinta, casi como un profeta: «No hay ninguna verdad que se resista frente a dos mangos moneda nacional». Tiempos en los que el criterio está definido por el mercado, convertido en altar del dios-dinero y que, por ello, agregaba: «Yo siento que mi fe se tambalea, que la gente mala, vive ¡Dios! mejor que yo...». Todo ello nos impone la ardua tarea de armarnos espiritualmente para acompañar las peripecias de evitar los escombros culturales, seleccionar y apartar lo mejor de la herencia secular, recuperarla para convertirla en estilo de vida del que debemos dar testimonio. Esa tarea es posible sólo para los jóvenes de corazón con certezas incommovibles en los mejores valores acumulados, y con la fe puesta en la esperanza de que así, todos unidos, podremos construir un mundo mejor que el actual.

Para esa construcción es condición irrecusable cultivar constantemente el ejercicio de la sabiduría sostenida por el criterio maduro, que es más sólido cuando lo alimenta un profundo amor por la vida, la vida de todos, de cada uno de los seres vivos que son parte integral de la vida humana. Este amor no puede ser prescindente del tomar conciencia de los miles de personas que sufren diversas carencias. El compromiso de un mundo mejor debe tener como mirada cardinal, objetivo primero, la inclusión digna y compartida de ellos. Termino con otras sabias palabras de González de Cardedal:

⁵¹ Este tema fue abordado, desde diferentes ópticas. El lector puede consultar sobre qué tipo de lectura le interesa para la comprensión de este tema sumamente complejo, publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2.

La primera condición para que la esperanza florezca en la vida de quien envejece es el realismo de la aceptación en lucidez, sin encubrimientos individuales y colectivos. El hombre, que sabe de su condición finita y de su mortalidad, las acepta, se inserta en ellas y desde ellas vive cada uno de sus actos. De aquí promana esa sabiduría especial que las largas vidas transmiten en su entorno. Sabiduría que no es la del consejo fácil sino la de la vida vivida en su misteriosa condición, como sorprendente asalto de cada día sobre el hombre, como regalo sorprendente también, como misión.

Propongo ahora, como corolario de las lecturas que hemos realizado, el análisis de unas palabras que el reconocido economista Artur Manfred Max Neef⁵² le expresó a la periodista estadounidense Amy Goodman en una entrevista realizada en la ciudad de Bonn, Alemania. Creo que es un buen ejercicio para profundizar lo que hemos venido considerando respecto de las ventajas y desventajas de una educación intelectual de muy buen nivel, y de cómo allí también aparecen los pre-juicios que hemos visto. Es decir, todo lo que esa formación *posibilita* y todo lo que ella *imposibilita*. Decir esto puede parecer contradictorio con lo que se acepta como “sabido”: una buena formación garantiza *inteligencia* y *sabiduría*.

Sin embargo, aparece en sus afirmaciones la conciencia de las limitaciones que descubre en el modo de pensar y hablar desde la altura y la comodidad de alguien que disfruta de un buen nivel de vida, pertenece a una universidad de primera línea, y se encuentra lejos de los padeceres de la pobreza. Todo ello fue escrito en un libro que tituló *Economía Descalza, Señales desde el Mundo Invisible*, y podemos ya sospechar allí, en su título, que hace referencia a unas señales recibidas de ese *mundo invisible*, ante lo cual cabría preguntarse *¿invisible para quiénes?*

Comencemos a leerlo (los subrayados son míos e intentan llamar la atención sobre lo que considero más significativo). Esta confesión de Max Neef es muy importante, puesto que en ella queda claramente expresado, no sólo la dificultad de ese modo de pensar y hablar, sino la imposibilidad de comprender el problema del otro y, en consecuencia, la incapacidad de resolver sus problemas, a pesar de haber estudiado para ello. Por tal razón, afirma que:

Hemos alcanzado un nivel en nuestra evolución en el que sabemos muchas cosas, sabemos muchísimo pero entendemos muy poco. Nunca en la historia de la humanidad ha habido tanta acumulación de conocimiento como en los últimos cien años y mira cómo estamos. ¿Para qué nos ha servido el conocimiento? La esencia está en que el conocimiento por sí mismo no es suficiente, carecemos de entendimiento. La diferencia entre conocimiento y entendimiento te la puedo explicar con un ejemplo: vamos a pensar que tú has estudiado todo lo que puedes estudiar desde una perspectiva teológica, sociológica, antropológica, biológica, inclusive bioquímica y sobre un fenómeno humano llamado amor. El resultado es que tú sabrás todo sobre el amor, pero tarde o temprano te vas a dar cuenta de que nunca entenderás el amor a menos que te enamores. ¿Qué significa esto? Que sólo puedes llegar a aspirar a entender aquello de lo que llegas a formar parte».

Esta analogía entre saber tanto del amor pero no conocerlo realmente hasta que uno se enamora la hace extensible al conocimiento que se puede obtener sobre los problemas del hombre que estudia encerrado en una biblioteca. Entonces sostiene:

Y eso es lo que sucede con la pobreza. Yo entendí la pobreza, porque estuve allí; viví con ellos, comí con ellos y dormí con ellos. Entonces comienzas a entender que en ese ambiente hay distintos valores y diferentes principios, comparados con los que existen allí de donde tú provienes, y te das cuenta de que puedes aprender cosas fantásticas de la pobreza. Lo que he aprendido de los pobres supera lo que aprendí en la universidad. Somos dramáticamente idiotas. Actuamos sistemáticamente en contra de las evidencias que tenemos.

⁵² Economista, ambientalista y político chileno. Ganó en 1983 el *Right Livelihood Award*, dos años después de haber publicado su libro *Economía Descalza, Señales desde el Mundo Invisible*.

En esta última frase, encontramos la referencia a las señales invisibles. A todos los saberes acumulados en los estudios académicos se les debe agregar la experiencia de vivir y compartir los valores fundamentales:

La solidaridad de la gente; el respeto por los otros; la ayuda mutua; nada de avaricia, un valor inexistente dentro de la pobreza y uno estaría inclinado a pensar que allí es donde más está presente, que la avaricia debería ser patrimonio de los que menos tienen. No, todo lo contrario, mientras más tienes, más quieres; la crisis actual es producto de la avaricia. La avaricia es el valor dominante del mundo actual. Mientras persista, estamos acabados.

Partiendo de esas experiencias, afirma que la formación de un economista debe estar sostenida por cinco postulados y un valor esencial.

Primero: la economía está para servir a las personas y no las personas para servir a la economía. Segundo: el desarrollo se refiere a las personas; no, a las cosas. Tercero: crecimiento no es lo mismo que desarrollo y el desarrollo no necesariamente requiere de crecimiento. Cuarto: no puede existir una economía con un ecosistema fallando. Quinto: la economía es un subsistema de un sistema mayor y finito: la biosfera. Por lo tanto, el crecimiento permanente es un imposible. Y el valor fundamental para poder consolidar una nueva economía es que ningún interés económico, bajo ninguna circunstancia, puede estar por encima de la reverencia por la vida.

El tema de la economía no es más que uno de los tantos problemas que mantienen encerrados en planteos teóricos de difícil o imposible aplicación, en el mejor de los casos, o están al servicio de la dominación de los poderosos, justificando el orden social actual, a pesar de las injusticias evidentes que observamos (o padecemos) cotidianamente.